PEQUEÑO PUEBLO DE SAL

Crónica sobre los orígenes del corregimiento de Salguerito

Gilbert Gil
Investigación y crónica

Yesica Gil
Gestión y prólogo

Abril 2026
Salguerito, Sahagún
Córdoba, Colombia

EL CAMINO DE LA SAL

CRÓNICA ALREDEDOR DE LOS ORÍGENES DEL CORREGIMIENTO DE SALGUERITO

Familia Gil Sariego

Este ejemplar es una donación de la familia Gil Sariego para la comunidad de Salguerito. Por favor, cuídame y compárteme para que nuestra historia nunca se olvide.

PRÓLOGO
POR QUÉ IR TRAS LAS RAÍCES

Este proyecto nace de una certeza y una pregunta. La certeza es que todos, sin importar dónde estemos, somos parte de una historia. La pregunta, sin embargo, nos ha acompañado por años: ¿Cuál es la historia de Salguerito?

Crecí en esta pequeña vereda de Sahagún, Córdoba, un lugar que sentí mío desde el primer aliento, en la casa de mis abuelos. Aún recuerdo a mi abuelo, un viejito que se sentaba a leer en un taburete, bajo la sombra de un árbol justo antes de que se posara el sol, como si quisiera congelar el tiempo para que el recuerdo de lo vivido fuera lo único que prevaleciera. De él aprendí, sin palabras, que nuestras historias son lo único que realmente nos trasciende.

Aunque la vida me ha llevado por diferentes caminos, siempre he regresado en pensamiento a las calles polvorientas, a las risas de la gente y a las historias de quienes se atrevieron a construir una comunidad en esta tierra. A lo largo de mis viajes, he notado cómo la historia es la espina dorsal de cada territorio, la que da identidad y un sentido de pertenencia. Y es justo eso lo que queríamos rescatar para nuestra vereda.

Este reporte es el resultado de ese deseo. Es una labor que no habría sido posible sin el arduo y dedicado trabajo de mi hermano, quien ha puesto todo su corazón en recopilar recuerdos, anécdotas y relatos de nuestros familiares. Él ha sido la mente y las manos detrás de esta investigación, y yo he tenido el privilegio de acompañarlo en este viaje, apoyando el sueño que ambos compartimos.

Lo que tienen en sus manos no es un simple documento histórico. Es un punto de partida, una invitación para que la historia de Salguerito siga creciendo. Este es un homenaje a las familias que nos precedieron, a las generaciones pasadas cuyas vidas son hoy nuestra herencia. Es también un regalo para la generación presente, un gesto de cariño hacia mi abuela que aún está viva, para que sepa lo mucho que recuerdo su casa y los años que viví junto a ella. Finalmente, es un regalo para las generaciones futuras, para que conozcan sus raíces y entiendan que su presente es una continuación del esfuerzo y la valentía de sus antepasados.

Creemos firmemente que la historia de nuestra vereda se construye con la memoria de cada persona que la ha habitado. Nuestra intención es que este reporte sea un primer ladrillo sobre el cual se edifique un relato más grande, uno que se siga enriqueciendo con las historias de cada familia y de cada persona.

Con mucho cariño.

Yesica Gil

EL CAMINO DE LA SAL

La siguiente no es, tampoco está cerca de serlo, una historia oficial y, aún así, esperamos que las maniobras de los tiempos le presten su eventual utilidad a las páginas que siguen. El corregimiento de Salguerito ocupa menos de la treintava parte de Sahagún, municipio que se extiende por 992 km² de Córdoba. Salguerito cuenta con una población sin especificar, pero que debe acercarse al centenar de personas o haberlo ya sobrepasado, y se encuentra en las márgenes de una vía terciaria que conecta la cabecera municipal de Sahagún con La Unión, en el vecino Sucre; sigue aún, a fecha de hoy, sin asfaltar y con una inversión gubernamental mínima, al menos es lo que aparenta respecto a localidades próximas como Catalina, también corregimiento, donde la gente se lleva una impresión de mayor orden e inversión. Salguerito debe su nombre a un cuerpo de agua al que algunos lugareños llaman por cariño Salguero, probablemente la que sea su denominación original y la cual resalta por sus varias connotaciones, pues refiere desde un apellido de origen hispano, pasando por el árbol de sauce, hasta los saleros de hombres y de ganado. Se trata de un corregimiento destacado por el cultivo y el tejido de la cañaflecha, así como por la siembra de yuca dulce en, al menos, tres de los doce meses del año y, además, por los antecedentes ocultos que lo hicieron esa realidad espumante que es.

Circuló en las formas de hoy, es decir, por la red, una indagación escolar acerca del mismo y la historia de su origen se expuso como un extraño caso de migración salvada de los motivos. Según este ejercicio los nombres de un grupo de gentes —José González, Juan Antonio Gil, Ismael Gil, Alfredo Gil, Ángel Gil, Mariana Gil, Augusto Méndez, José Manuel Méndez, Saturnino Blanco, José Angel Mendoza, Sixto Vergara, Pedro José Vergara, Julio Vergara, Enrique

Vega, Gerardo Pila, Miguel Pila, Rafael Pila, Domingo Pila, María Pérez y sus hijos Alejandro, Adelfina y Pedro Noel, José Ángel Mendoza, Mercedes Mendoza y Maximiliano Mendoza—, dieron pie a más de cuatro generaciones nacidas en un pequeño cuadro de tierra de la sabana cordobesa, en el que se aseguraba no había nada ni nadie antes de ellos. Fue allí que nos preguntamos, ¿cómo fue posible este acto de fundación que pasaría sin más al anonimato de las generaciones más desmemoriadas? ¿Qué lo originó? ¿Sería, acaso, una pregunta suelta al viento para no ser resuelta, como si nos preguntásemos por el mundo antes de la separación de las aguas o, pongamos el caso, por el largor de la barba de Moisés o la severidad de su mirada, cosas sabidas, en verdad, por los hombres, pero olvidadas? Igual que con los patriarcas del Testamento el inconveniente no lo ocasiona la falta de su narración oral, sino la de oídos y, lo mismo de importante, la de quienes insertan e hilan todo aquello en el respaldo de la escritura. Es por ello, en consideración de tantos hombres y mujeres y razones, que se escribe todo lo que aparece aquí.

En esta medida, otra de las informaciones difundidas fue el establecimiento como año aproximado de fundación el 1889 y, de nuevo, la pregunta fundamental de la humanidad: ¿por qué? Con el fin de bosquejar una hipótesis alucinada, conviene hacer un periplo por los avatares históricos que son el contorno de dicha fecha para encontrar cualquier muestra inesperada o presentida de fundamento.

Antecedentes históricos, económicos y migratorios

Suponiendo, entonces, que un grupo de familias (gentes adaptables) llegaran a finales de la década del ochenta del siglo XIX, cabría recorrer en orden ascensional las realidades de esos tiempos. Es

decir, lo primero, aceptar el despoblamiento absoluto de la zona donde ahora se ubica Salguerito, pero que, en papel, pertenecía y pertenece a la norma administrativa del municipio de Sahagún, un poblado cuya constitución data de 1776 al mando de Antonio de la Torre y Miranda, militar español que salpica varias de las historias fundacionales del amplio territorio de la sabana costera de Colombia. Su antigüedad, en este sentido, es verificable. Por otra parte, el actual departamento de Córdoba —a quien se le asignará, digamos, la soberanía del municipio— no existe para 1880 y estará lejos de los registros hasta que *el hombre tempestad* lo declare oficialmente departamento por la Ley 9 del 18 de diciembre de 1951. Así pues, fue primero Salguerito que Córdoba y, sin embargo, para mediados del siglo XIX ninguno de los dos figuraba en el mapa nacional.

En cambio, lo que había para estas fechas —cuando suponemos empieza a agitarse el espíritu fundacional de los pioneros de Salguerito—, era un departamento gigantesco y homólogo del Libertador, quien muere en una división administrativa previa que agrupaba el ancho caribe colombiano con la denominación de Magdalena. Después, por razones harto variadas, se subdividió y emerge el portentoso Bolívar, conformado en 1857 y quien será un permanente conocedor de las disputas limítrofes. Este reunía una porción cercana a los setenta mil kilómetros cuadrados, solo un poco por encima de las actuales medidas de Antioquia, contenía además del ya mencionado departamento, a los actuales Córdoba, Atlántico, Sucre y San Andrés y Providencia.

MAPA 1
DIVISIÓN POLÍTICA

Fuente: Palacios y Safford (2002).

Bolívar se verá reducido con el tiempo a más de la mitad, perderá administrativamente cerca de dos tercios de su mejor extensión. Su historia, sin embargo, es tan vieja como el agua; su población originaria era variopinta y se había hecho con un eco de aguerrida, la ocupación europea data de inicios del siglo XVI con Juan de la Cosa, Rodrigo Bastidas y Pedro de Heredia y su identidad administrativa se remite al 16 de febrero de 1533. Desde allí, con los primeros enfrentamientos y discordias sucediendo —entre españoles y aborígenes, pueblos nativos contra pueblos nativos y entre los mismos conquistadores europeos—, se consigue advertir la casi absoluta falta de cohesión. Cabe destacar, por ejemplo, que ya

> Para mediados del siglo XVIII la dinámica social y espacial (...) dio como resultado la construcción de un orden social y territorial hasta cierto punto alterno al representado por el modelo inicial de poblamiento introducido por los españoles, quienes habían propugnado por crear una sociedad separada por su composición étnica (república de blancos en las ciudades y villas y la república de indios en los pueblos de nativos, ya fuesen en encomiendas o resguardos), y con una jerarquía del espacio bajo la potestad política, administrativa, jurisdiccional y patrimonial de las ciudades y villas. Para ese entonces lo que caracterizaba el poblamiento de la provincia de Cartagena era un sin número de sitios de libres concentrados o semidispersos, amplias franjas de la población rústica que vivían bajo esa doble condición, innumerables rochelas compuestas por unidades familiares de diversa índole, palenques de negros, una población que no se arraigaba y que escapaba al control de las autoridades civiles y eclesiásticas (Solano, Flórez y Malkun, p. 72).

Se puede suponer con facilidad, en esas divisiones administrativas antecesoras del departamento de Bolívar, que no solo los palenques se comportaban de manera dispersa a ojos de las altas autoridades regionales, sino que cimentaron a su vez, sin lugar a dudas, la discusión de su futura segmentación. El debate acerca de esta eventualidad estuvo siempre entre los manteles del poderío político, con más ahínco a inicios del siglo XX, hasta que el esfuerzo porcionado logró ir desmembrando cautelosamente a Bolívar. La escisión estuvo anunciada; por ejemplo,

> En 1905, el general Rafael Uribe planteó en un discurso en la Cámara de representantes, “la necesidad de fraccionar el

> departamento de Bolívar en dos" sosteniendo que "este territorio era muy extenso, y traía como consecuencia el estado de atraso en el cual se hallaba, carecía de vías de comunicación, imposibilitando una administración adecuada". (Luna, p. 6 -7)

Como se ve a todas luces, no era para nada desconocida la segura atmósfera de anarquía en el departamento, punto que debe resaltarse para decir que había mucha sensación de tierra de nadie y es eso, después de todo, lo primero para iniciar una gesta de fundación. No obstante, el debate de Uribe Uribe en 1905 viene mucho después, es verdad, de la fecha tentativa de llegada: 1889. Antes de esto el panorama existente para entonces avisa de la posibilidad del poblamiento, pues Colombia —o Estados Unidos de Colombia o la Gran Colombia o el Virreinato de Nueva Granada— continuamente vive entre las reconfiguraciones de su habitar, según se suceden los picos y movidas socio-políticos, siempre siendo atravesada por la entelequia del avance. Así pues, los cambios demográficos obedecen a los cambios económicos y viceversa, no puede olvidarse que

> las élites intelectuales y políticas latinoamericanas estuvieron plenamente convencidas de que, para alcanzar el progreso económico y avanzar hacia un sostenido proceso de "civilización", era imperativo atraer inmigrantes europeos. Ellos no solo aportarían sus capitales, sino que dada su supuesta superioridad racial contribuirían a superar la entonces conside rada inferioridad natural de los sectores negros e indígenas que habitaban en los territorios latinoamericanos.1 Sin embargo, exceptuando a Argentina, Brasil y Uruguay, países que recibieron una gran cantidad de inmigrantes europeos, la mayoría de las naciones latinoamericanas debieron "resignarse" a la presencia de corrientes inmigratorias que no

> hacían parte del ideal de inmigración (Rhenals y Flórez, p. 245).

Esta dinámica del XIX, donde se abre paso a una ola frenética de inmigrantes jamaiquinos, haitianos, barbadenses, sirios, libaneses y de muchas otras nacionalidades, sin embargo, no será la única forma de migración vista en el territorio. Es cierto que, por ejemplo, la presencia germana será notoria en el estado del Santander con un importante designio bancario e ingenieril, al igual que las poblaciones sirias y libanesas abundarán en las zonas costeras del Atlántico con una mentalidad marcadamente mercantil, pero para la obtención de esos tan ansiados réditos y alcances —propalados por la Revolución Industrial—, además del flujo capitales, la mano de obra es la otra parte obvia e imprescindible. Esto lo que genera, entonces, es una migración interna en el país y en las provincias donde, más que los nacimientos, los movimientos de núcleos familiares entran a jugar un papel relevante en la reconfiguración de los censos de las localidades, de suerte que un poblado se ve más potenciado en densidad y cantidad a costa de otros.

Cuadro I[47]
Población de capitales de las provincias del Estado de Bolívar en el siglo XIX

CENSOS / CAPITALES DE PROVINCIAS	1780	1835	1843	1852	1870
Cartagena	13.396	11.929	10.145	9.896	8.603
Barranquilla	2.934	5.359	5.651	6.114	11.595
Sabanalarga	2.366	4.754	4.727	5.070	7.025
El Carmen	1.581	2.224	2.973	3.439	6.946
Mompox	7.197	8.567	7.919	7.336	7.773
Magangué	1.519	3.769	3.465	2.512	3.460
Corozal	2.852	3.682	5.422	6.351	6.309
Sincelejo	957	3.576	4.673	6.046	11.336
Chinú	1.925	4.644	4.629	5.067	6.273
Lorica	4.678	3.074	3.849	3.532	5.730

Cabe recordar, por ejemplo, que

> el poblamiento del bajo curso del río Magdalena favoreció a Mompox; el de las sabanas y el Sinú favorecerán a Corozal y a Lorica, poblaciones que desde el siglo XVII venían desplazando a Tolú; en Tierradentro se fortalecieron Barranquilla, Soledad y Sabanalarga, en detrimento de viejos sitios como Campo de la Cruz y Santo Tomás que habían sido capitanías de guerras (Solano, Flórez y Malkun, p. 76).

Como da cuenta el documento citado, el fenómeno viene a desarrollarse incluso desde mucho antes del impulso de la Revolución Industrial, siendo un caso especial el del departamento de Bolívar por su gran amplitud, la variedad de tierra y las distintas poblaciones —entre resguardos, palenques y emplazamientos sin rótulo— que harán la región susceptible a todo tipo de realidades. De ahí que, a partir del siglo XVII —quizá el punto lo marque la formalización del proceso colonial español—, las dinámicas fluviales de comercio, junto a la extensión del orden territorial, y las retadoras ocupaciones de la agricultura establecen la creación, potenciación y clausura de centros poblacionales, es decir, se le debe buena parte de los poblamientos al proceso interminable de conocimiento y amansamiento de la naturaleza en aras de su explotación. ¿Qué tiene que ver toda esta exposición con un corregimiento como este? Pues, precisamente, las razones pueden encontrarse en las movidas económicas de la sabana cordobesa, puede estar la respuesta a las preguntas iniciales en los estudios del orden territorial de Bolívar cuando dicen que

> Mientras [...] en las áreas contiguas a las vías fluviales se ejercía control, en las sabanas y zonas por fuera de los circuitos de tráfico mercantil el mundo era distinto. Ahí se desarrolló un

> poblamiento espontáneo fundamentado en el intenso proceso de mestizaje que produjo un grueso sector social de gentes libres con una situación socioracial indefinida en concordancia con los patrones de blancos, negros e indios. También se hallaban sectores de blancos pobres, gentes prófugas de la justicia, negros libres, esclavos e indios cimarrones (Solano, Flórez y Malkun, p. 72).

Si nos circunscribimos a lo anterior, la pregunta oportuna sería ¿qué clase de gente fue a hacer vida a orillas de un arroyo en honor al sauce y la sal? ¿Gente que huía acaso? Sus nombres existen, pero los registros de esos nombres son difusos por no decir que *han desaparecido*. Si huían, ¿de qué lo hacían? Suena difícil de imaginar, dado el caso, más de veinte fugitivos de la ley entre blancos y mestizos que decidieran establecerse a solo 15 kilómetros de una cabecera municipal. No eligieron el sitio en vano, estaba a medio camino de dos centros poblaciones, ¿o por qué no evaluar la posibilidad de que fueran deambulantes despistados que de repente dieron con un lugar fijo? Después de todo existe una tendencia evidente a la movilización en los miembros de estas familias, pequeños puñados de gente se irán de allí a medida que el mundo cambie, muchas hornadas del campo les seguirán, como si casi ninguno de ellos estuviese destinado a quedarse en la tierra que lo fecunda ni en la tierra que llamó casa durante la asombrada infancia. No obstante, credo quia absurdum, esto —¿por qué no?— en todas partes pasa.

De nuevo, que la pregunta no se agote, ¿qué razón estuvo detrás? Una posibilidad, hasta ahora no contemplada, es la de —úsese la expresión popular— haber dado la espalda al mundo; como se ha dicho, avances de toda clase venían ocurriendo en esta parte del país, Lorica, por poner un caso nada lejano, se convierte en un punto clave

comercial, gracias a la migración árabe del siglo XIX, e igual a Lorica otros pueblos se aventurarán a la bonanza causando las migraciones motivadas por la fuerza laboral, al punto que la natalidad y los censos nos iluminan un poco, pues

> entre 1835 y 1870, El Carmen y Sincelejo, poblaciones que hasta 1850 habían dependido de la jurisdicción de Corozal, multiplicaron el número de sus habitantes por 3, mientras que ésta solo lo hizo por 1.7, estando apenas por encima de Chinú, que también estuvo bajo su potestad, cuya población se multiplicó 1.4 veces (Solano, Flórez y Malkun 91).

Aquí da lugar a suponer la posibilidad de que este grupo de personas huían, sí, pero no —o no solo— de las hostilidades políticas probables, sino también de los centros de poder económico que estaban en ciernes.Según esta nueva teoría, un grupo de más de veinte personas del todo osadas, buscarán escapar de los movimientos del momento hacia estas urbes de finales del siglo XIX, preferirán, en cambio, hacerse con unas tierras tranquilas en las que ni el ganado pastaba ni los surcos se exhibían al sol todavía. Se intuye (porque en todas las maneras es una intuición) desde lo llegado a un par de oídos, un par de ojos, las manos abiertas e infantes entre los maizales, la experiencia propia y las memorias de los circundantes. En el pueblo, el aire es el mismo y la gente que queda en él parece ser de ese tipo que encuentra la alegría en la dificultad de una vida simple, a veces precaria; se trata, sin duda, de la buena gente del campo. Esto es interpretación, pero Paul Ricoeur ya nos advertía que “la historia es un artefacto literario”, ella pasa por las manos a través de un cúmulo de memorias, de conversaciones, interpelaciones y atenciones (a veces plenas, a veces no) y los sucesos de las edades de esta raza trashumante fácilmente se esfuman, nos quedan pocos testigos del humo y casi ninguno del incendio.

En la medida de lo anterior, las versiones corrientes entre la población —también interpretaciones, también artefactos literarios—, permiten dimensionar el alcance de la repetición, la verosimilitud y, desde luego, de la imaginación. Cuando se consultó, por ejemplo, a Eustodio Méndez, poblador vecino de la familia Gil Solano, este respondió frente a las dudas del dónde y el cuándo que "todos los de salgueriteños son —en el fondo— sanandresanos, indios, menos los Hoyos". Lo que dice es una de las posibilidades más marcadas, buena parte de la población reconoce su genealogía hasta allí. Bellanira Solano, una de las pobladoras de más antigüedad y edad, reconoce su procedencia de la zona rural de San Andrés de Sotavento, desde donde se movilizará su familia —padre, abuela y hermanos— hacia Sahagún, Córdoba, y después, por razones de tierras y uniones maritales, al punto exacto de Salguerito, aunque tratándose, en su caso, de una migración reciente a mediados del siglo XX. No obstante, la influencia latente de San Andrés de Sotavento, donde gotas de sangre de Mexión y Manexca se funden con torrentes de otras y un caimán de oro aguarda bajo la tierra, se muestra tan cargada de vigor como para desestimarla, es uno de los resguardos más antiguos del territorio nacional, declarado así en 1782, y sostenido con ímpetu hasta la actualidad, pese a que, por ejemplo, los resguardos indígenas pasaban por una creciente reducción "al final de la Colonia española, con las reformas borbónicas, y fue continuada por varios gobiernos de la república" (Jaramillo, p. 22). De este San Andrés se sabe que provienen étnicamente otros poblados aledaños, muchos zenúes sanandresanos inundarán la sabana entera y otros incluso surcarán más de 30 kilómetros de lejanía para desempeñarse en el amansamiento de la natura, los *blancos* —como llamaban a los capataces— los reclutaban y, a causa de la seguridad laboral, sus residencias cambiaban. E igual que los zenúes de Sotavento, otras poblaciones habían de estar circulando en la región, puesto que los movimientos humanos venían ocurriendo desde que

Bolívar se llamara Cartagena y desde mucho antes que Isabel la Católica diera con las minas del rey Salomón en la América inexplicable.

Contexto social y nacional

Como se decía en el capítulo anterior, este pueblo de los linderos del arroyo, este Salguero, vivirá hasta nuestros días de la complementada convivencia de la ganadería con los cultivos de arroz, maíz, yuca, ñame, plátano y otros y, además, de la cría de gallinas, cerdos, pavos y patos. Se postuló, ante esta realidad, la idea del "vivir de espaldas" como motivo de la fundación, esto puesto que el comercio fluvial se hallaba distante de intervenir en una economía que hacía todo lo posible por la autosuficiencia, ayudada por apenas algunas inmersiones de productos al alcance casi nacional; sumado a que solo hasta inicios de los años noventa el poblado cuenta con servicio de energía eléctrica, fundamental para acrecentar la variedad de oferta de productos y para un flujo por igual con el mercado del país, por lo que diríamos que sus habitantes se olvidaron de la nación y viceversa.

Si la idea planteada atrás resultase cierta, este vivir hacia adentro, este ser ermitaño, viene desde su germen, al haber emplazado un caserío a orillas de un arroyuelo, cuyas aguas y cuya aureola ya no son seguramente las mismas. Pero, de nuevo, ¿qué arrastra —siempre es un arrastre— a esta mestiza multitud? ¿Serán acaso los desenfrenados movimientos de fronteras los que los motiven? ¿Qué pudiese haber antes que explicara el impulso de decirle adiós a casa o de creer, de repente, que la casa está en otra parte? Algo se ha dicho, hubo guerras, ya entonces de guerrillas, por las que la población naturalmente se empapa en el hambre, cae en las traiciones (más a menudo), roba, milita, se da a la pregunta descarnada por encima de lo

normal de qué seguirá en sus vidas. Son familias cercanas, no sabemos de si toda la vida, pero se emparentarán entre sí, establecerán negocios, discutirán límites de tierras, algo debía existir de familiaridad y si hay algo cierto —al menos momentáneamente— es que nadie viaja voluntariamente con su enemigo, por lo que un mínimo lazo de amistad se hacía necesario para emprender esta búsqueda.

Con ello, también, abre cabida la idea de las turbulencias políticas que pudiesen suceder en medio de los inicios republicanos de una patria a la que, cada tanto, se le volvían a dibujar fronteras, sistemas de gobierno e inclusive la importancia de sus dioses. ¿Será acaso un desplazamiento obligado de esas épocas el causante de esta fundación? Ana Claudina Reyes, una de las entrevistadas, afirmó que uno de los primeros pobladores, Juan Gil, "vino con unos amigos, unos señores, Saturnino [Blanco], [Manuel] Méndez y Nicomedes [Quiñonez], huyéndole a la guerra". Eustodio Méndez, por su parte, responde de forma afirmativa cuando se le consulta si el conflicto armado del momento fue el determinante para el poblamiento de la zona, "venían huyendo de eso", contestó. Incluso va más allá, al señalar, de entre una serie de eventos la Guerra de los Mil días como el "eso" temible que los arrastrara hasta un punto indeterminado como aquél. El mismo entrevistado asegura que de aquellos pioneros de la movilización ninguno era militar de carrera —"eso no se conocía", dice—, aunque menciona la posibilidad de exmiembros de la "popolia" como parte de los primeros pobladores. La popolia es la forma en la que los lugareños llamaban a una suerte de policía que funcionó en la región y, en algún momento de su historia, ingresó al pueblo y se llevó consigo toda arma de fuego habida. Ariel Gil, otro de los entrevistados, asegura que esta fuerza paraestatal era enviada por el bando conservador, lo que recuerda a los "chulavitas" y "pájaros" que funcionaban en el mismo sentido dentro de muchos márgenes del país. Fuera de estos pobladores,

Eustodio Méndez recuerda la visita intermitente y pronunciada de los gitanos con sus vestimentas oscuras y festivas en pequeños grupos cetrinos. ¿Estos primeros pobladores son como ellos? ¿Vienen de una tierra apartada y fantasmal? Es válida la pregunta, pero en ellos no hay ni rastros de una lengua foránea, puede incluso que vengan de un centro urbano no muy lejano, puede que provengan de La Unión o de un poco más al norte, Chinú, Sincelejo, Corozal o, también está la probabilidad, puede que sean hijos de las aguas, es decir, de Caimito o de San Marcos. Desde dondequiera que viniesen, ¿qué los empujó hasta allí? La respuesta quizás esté en la agenda y las crisis del poder del momento.

En consecuencia, ante la posibilidad de la convulsión política, vale preguntarse, ¿cómo era la vida durante 1889? No es una fecha cualquiera, es el mismo año en que Charles Chaplin llega al mundo, el papa León XIII publica la Nostis Errorem, Benjamin Harrison asume como presidente número veintitrés de los Estados Unidos de América y, dentro de los aconteceres del país, se crea la ciudad de Armenia, nace Laureano Gómez y el palacio de San Carlos es ocupado por Holguín Mallarino, quien será el primer mandatario en completar los ahora acostumbrados cuatro años de gobierno. Se han requerido cosas para llegar a ese punto en todos los niveles. Colombia sigue en la búsqueda de aquello que considera es, desde su forma de gobierno y el sentido de su economía hasta sus mismos bordes; así, en un principio y en adelante, el desacuerdo está servido en todos los desayunos, en todas las misas y en todas las familias. La nación ha sobrevivido a la Confederación Granadina, vive dos décadas como los Estados Unidos de Colombia, por esas horas sobreviene la Guerra de las Soberanías, a estos gobiernos federales el azar o una diligente planeación le conceden una economía próspera, pero limitada. La agitación política para la década de 1880 es ya marcada. En los años 50 las constituciones (las de 1853 y 1843) van y vienen en su instauración desde el general Melo

hasta el presidente Ospina —el primero nombrado por sufragio universal en el subcontinente— quien promueve en el 58 la constitución de la Confederación Granadina que momentáneamente satisface a los partidos draconiano, conservador y gólgota, los de mayor poder para entonces. Esto hasta el 63. Las grandes reformas se abren paso al fin y, con ellas, el foco ilumina puntos claves de la patria, ocasionando, por ejemplo, "la fiebre ferrocarrilera y el abandono de las carreteras [que] empezó en la década de 1870 y aumentó durante la regeneración" (Jaramillo 33), una fiebre cuya aguja apuntaba hacia el transporte fluvial por la sólida oportunidad en el comercio exterior.

Para sorpresa de todos, incluso de quienes lo previeron, la debacle de los fortínes económicos —la mejor muestra es el mercado insigne de la quina que no duró más allá de 1882—, junto a otras causas socio-políticas, enfermarán el sistema simpático del país y su orden constitucional hasta la estocada a cargo de El Regenerador, su nombre: Rafael Wenceslao Núñez. Fue presidente en cuatro ocasiones, un hombre que no conocerá los setenta años y de una salud siempre frágil, es, a la larga, quien concede vía al regreso de la hegemonía conservadora en el país al cabo de citar en 1885 a un Consejo Constituyente para rehacer la constitución y devolver el poder a los centralistas y los supuestos moderados. No le saldrá barata la jugada, primero ha debido enfrentar una guerra civil de dos años donde la resistencia inició —en 1885— y se concentró en el Estado Soberano del Santander, mientras en el Estado de Bolívar Ricardo Gaitán Obeso comandaba a su vez una oposición considerable contra las tropas del presidente y sus cercanos. Estos partidarios del federalismos destacarán en su obstinación, al modo en que se les recuerda traslapados en Cien Años de Soledad, aunque todos sus esfuerzos, no obstante, sumarán muy poco para dar con la dura moneda que compre la victoria. Núñez se impondrá, pese a sus flaquezas naturales, su terquedad y dejará en el

país su constitución más estable y un himno nacional que deja muy claro su vuelo bajo como poeta. Hasta aquí la posibilidad se ha cercado a la penúltima deçada del siglo XIX, no obstante que la vida política colombiana continuó después de 1889, es más, a la vuelta de una década el país entraría a un nuevo incendio ideológico que uno de los entrevistados apunta como el causante rotundo de la fundación. Esto es la Guerra de los Mil Días. Lo que parece, entre muchos modos, una fuerza destacada y probable y el pretexto definitivo para hacerse con unas tierras de la sabana a la distancia de los enfrentamientos. El aire andante en el que se conduce esta guerra civil llega a escalas drásticas, incluso contra los límites de lo humano, habría que recordar, por ejemplo, que

> El levantamiento de 1899 no se realizó en medio de un ambiente de ideales tan trascendentes como los de los años cincuenta en torno a la abolición de la esclavitud o a la universalización del sufragio, tampoco estaba en juego un tema tan espinoso como la intervención de la Iglesia católica en la educación pública, como había pasado en 1876 (...) Lo que levantaba resquemor para ese momento eran los poderes extraordinarios de que gozaba la figura presidencial y ligado a ello, la poca participación que los liberales lograban tener en los cargos gubernamentales departamentales y locales, pues el presidente (cuyo período duraba seis años) tenía la potestad de la designación de los gobernadores departamentales, que a su vez ejercían control sobre los puestos burocráticos a nivel local. (Escobar, p. 185-6)

Así pues, siendo el tramo final de siglo, en medio de las irritadas emociones de los ciudadanos, el desgaste cobra sentido como motor de ausentismo, deserción y, claro, alguna manera de identidad apátrida,

como la posible en un grupo de familias que haga vida aparte del agite republicano, de hecho, como más adelante se lee en el documento de Escobar,

> María Teresa Uribe, estudiando guerras civiles anteriores, plantea la existencia de una retórica que se repetía en cada momento prebélico. Se pintaba al gobierno como un tirano que estaba cerrado a toda discusión política. Por su parte, el gobierno sospechaba de cualquier reunión política, a la que tildaba de conspiración. Ello llevaba a control y represión gubernamentales, por lo que las quejas sobre comportamientos dictatoriales del gobierno se hacían realidad (p. 188)

Tenida cuenta de este aspecto, el del desgaste discursivo entre la gente del común y, por lo tanto, el desencanto bélico que debía existir, no sobra traer a colación los bajos niveles de concentración militar sucedida en este conflicto, tanto en el bando del gobierno como en las escuálidas filas de los liberales, con lo que se dio paso a reclutamientos de muy dudosa legitimidad y transparencia. No solo eso, la misma guerra llegará a estrategias rudas y crudas, a la venganza como plato de cada cena y a una inescrutable fascinación por la sangre del vecino y del contrario. El mismo Rafael Uribe Uribe, uno de los caudillos de esta guerra, lo reconocerá en el Centro Social de Barranquilla, durante un discurso del 31 de diciembre de 1902.

Creo firmemente, señores, que todos cuantos estamos aquí y cuantos pertenecemos a esta generación infortunada, podemos jactarnos de haber visto la última guerra civil de Colombia. A nuestros nietos, a los que vengan a la vida después de este ciclo, y a quienes costará trabajo comprender el género de insania que nos llevó tantas veces a la matanza entre hermanos, podremos contarles, cuando ya seamos viejos, cómo y por qué somos los últimos representantes del fanatismo político, intransigente y cruel, y cómo y por qué tenemos el triste privilegio de haber presenciado el postrer huracán –largo, asolador y terrible–, como que duró más de mil días y nada dejó en pie, ni en lo material ni en lo moral, que nos arrastró a los colombianos los unos contra los otros en choque furibundo. Aunque es posible que tal vez hallemos, ya que no absolución, excusa siquiera, ante nuestros descendientes, considerando que si hasta ellos no llegó la fatal herencia, fue porque el escarmiento recayó íntegro sobre nuestras cabezas, sobre las cabezas de sus progenitores.

RAFAEL URIBE URIBE

Tomado de "Cien años de los Mil Días", del *Boletín cultural y bibliográfico, vol. 37, número 54.* 2000.

¿Por qué no concluir que coinciden el inicio del último enfrentamiento civil del siglo con la movilización y fundación de un centro poblado a orillas de un arroyo para escapar del desastre asegurado de la guerra? ¿Cómo negar, recordado esto, que un grupo de personas quisiesen excluirse un poco de las convulsiones de la república? Señal de esto sea quizá su ecuanimidad frente a los avatares de las siguientes revoluciones y revueltas, sostenidos siempre al margen de las perturbaciones de una paz decididamente conseguida. El pacto, sin embargo, se hizo de tácito y, por ello, el registro quizá no sea otro que el presente.

Así el mundo, las cosas cambian apresuradamente para la nación colombiana, los períodos presidenciales crecen, las ramas del poder se reordenan, el ejército único se consolida, el centralismo retorna; pocas cosas permanecen aún, pero están. El departamento de Bolívar, ya desde mediados de siglo ha admitido su división de segundo grado en provincias, facilitando los incipientes movimientos separatistas, por lo que sus temblores y resquebrajaduras apenas comienzan. Así pues,

> Las diez provincias clásicas se mantuvieron hasta que la constitución de 1886 las redujo a las de Barranquilla (incluyendo el territorio de la extinta provincia de Sabanalarga), Cartagena, Mompox (incluyendo la de Magangué), Sabanas (anteriores provincias de El Carmen, Sincelejo, Corozal y Chinú), Sinú (anterior provincia de Lorica). Para 1901 ya nuevamente existían las provincias de Barranquilla, Cartagena, El Carmen, Corozal, Mompox, Magangué, Sabanalarga, Sincelejo (absorbió la anterior provincia de Chinú y Lorica) y San Andrés y Providencia. En 1925 la Asamblea del departamento de Bolívar suprimió el régimen de provincias (Solano, Flórez y Malkun 89).

La provincia, entonces, viene a ser más que comunidades decididas a hacer raíces, un grupo in crescendo de caminos para el comercio y la extensión de propiedades, un ejemplo significativo lo enuncia Fals Borda en *Resistencia en el San Jorge: historia doble de la costa 3,* cuando refiere la semblanza del capitán Pedro (Miguel) Rico, un notable sujeto de la historia por sus hazañas sembradas en las polémicas, pero fuera de ellas, se sabe que

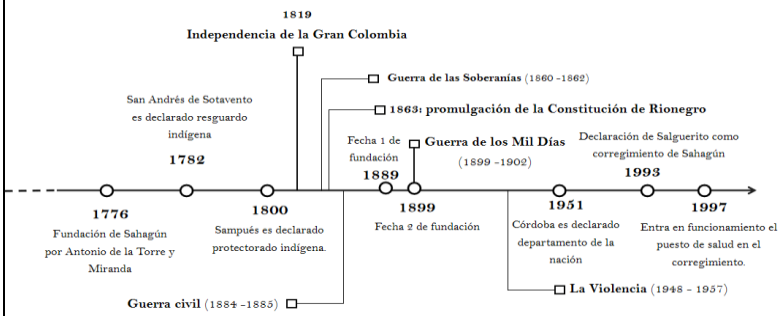
> Por el nuevo camino ganadero, que se llamó también del Rosario, o de Pedro Miguel en honor de quien lo abrió, "se manejó el capitán Rico siempre con sus ganados" hasta su muerte en 1742. Es el mismo camino que desemboca sobre la actual carretera Sahagún-Caimito, bordeando la hacienda de Santo Domingo (Fals Borda, p. 74a).

De modo que puede pensarse este camino no es otro que el mismo desde el que se abre paso a Salguerito y siendo este cruce ya, en alguna medida, frecuentado, ¿por qué no forjar el desvío y el pueblo nuevo en un punto medio desde el cual asegurarse un contacto prudente con el tejido territorial circundante? Como se afirma en el estudio de Solano, Flórez y Malkun las provincias de Bolívar no conocen la quietud en materia normativa y jurisdiccional, y mientras el bastión comercial en la zona se erige en Sincelejo, sin saberlo, se da pie a una bonanza de aventureros, expansionistas y fundadores con un tatuaje hecho a la medida de las mentalidades, quienes desde el pecho ardoroso claman “cada cual a su cada tierra”.

El origen

Las pistas más firmes siguen estando entre los muertos: entre los primeros muertos, para ser más precisos. Ellos han conseguido ser enterrados sin anonimatos, algunos fuera de la zona rural de Sahagún, otros allí, pero con la salvedad de que Salguerito, el punto geográfico que nos atañe, no cuenta con camposanto propio, sino que todos sus difuntos van a parar en el cabildo indígena vecino de Escobalito, en un terreno cercado con un muro blanco que a mucha fuerza sobrepasa el metro de altura. Allí se encuentra a Juan Evangelista Gil Trejos, cuya escueta losa indica su muerte en enero de 1966 y su nacimiento en el

año de 1846. ¿Será este, entonces, un caso propio de la imaginación rural donde un hombre llegara a sus 120 años, viviera entre dos siglos, tres constituciones, una guerra fría, dos guerras mundiales, las muchas civiles colombianas y quién sabe cuántos otros sucesos por fuera de los registros? No se dudará aquí, en este reporte, de un sepulcro de más de cincuenta años de antigüedad. Créase así o fínjase que se cree.



Línea de tiempo de los hechos alusivos y posiblemente incidentes en la historia de Salguerito.

Arriba de la tumba de Juan Gil —que no ofrece más información—, se dispone de la de su hijo, Alfredo Gil Hoyola, cuyo nacimiento figura en el año de 1919. De la visita a este cementerio se extrae la posibilidad de que la fundación del poblado sucediese en las proximidades o en la exactitud de 1889, pero no así que Juan Gil, el pionero, llegase con su familia formada, por lo que se deducen las siguientes posibilidades:

- Juan Evangelista Gil llegó, junto a los fundadores, de 77 años, en 1889 y formó una familia después, naciendo sus hijos con Clementina Hoyola a inicios del siglo XX en el lugar.
- Los fundadores llegaron en ese mismo año, pero no se instalaron de inmediato, mantuvieron contacto frecuente con su lugar de origen y fueron instalándose a medida que sus familias crecieron, lo que dio lugar a la narrativa de que personajes como Juan Gil llegaran con sus hijos ya nacidos.
- Juan Evangelista Gil y los fundadores llegaron no en 1899, sino un decenio más tarde, una vez iniciada la Guerra de los Mil Días y se establecieron de a pocos en el lugar, a medida que las hostilidades avanzaban.

Son tres sensatas explicaciones para el origen de esta historia y este pueblo. Tanto de la primera como de la segunda, puede decirse que son verosímiles, pero su base es débil, ¿el agotamiento de estas gentes estuvo en las vísperas de la Guerra de los Mil Días y se adelantaron al desastre? Sería una versión aceptable, pero si se obedece a los testimonios recolectados los fundadores huían de alguna guerra. En cambio, la tercera de las opciones contempla esta motivación y le da cuerpo más sólido al impulso que llevase a la fundación —el cansancio social, la disidencia civil y pacífica, la autoexclusión de las grandes y avasalladoras movidas económicas, el deseo de paz y de tierra — , en mitad de la cual germina, una vez más y como aullido, la pregunta del *dónde estuvieron antes*, *de qué punto en el mapa provenían*. ¿En verdad estas familias eran sanandresanas, como afirmó el señor Méndez? Los demás entrevistados ofrecen una alternativa con marcada distancia, aunque se da sitio a la pregunta de ¿cómo creer en lo que ellos dicen o, más específicamente, en qué creer? Lo habitual sería depositar la confianza en lo más repetido o en lo más consistente con las pruebas o razonamientos habidos, mas no se trata solo de eso, la voz de la gente

da cuenta sino de los hechos, al menos de los sentires, incluso en aquello que se omite o se evade, por ejemplo, algo debe sugerir el que las continuas revueltas ideológicas provenientes de los centros de poder nacional acontecían en las casas como un percance en el que nadie de allí tenía velas por lo pronto, pese a que con los meses las afectaciones acabarían por mostrar los ecos inclementes de los desacuerdos entre los padres, los hijos, los nietos y los primos de la patria.

Allí es donde estriba la importancia de la oralidad que está unida por los silencios y soportada también en ciertos auxilios de la memoria, verbigracia, las edificaciones del lugar, por las que puede deducirse un germen de la amplia sabana de la costa colombiana tanto por sus diseños como por la forma en que se construyen (con palma, heces de vacas, cal, cemento y otros materiales del paisaje). Las casas del pueblo, que poco a poco han cedido a las ventajas del adobe, cuentan con sus cráneos de res en la sala, puñados de arroz colgados de los techos y baúles en las habitaciones; también se dictaminan pasados y futuros a través de las abundantes fotografías —de bautizos, comuniones, grados, eventos sociales— en las salas, encima de televisores, detrás de las mecedoras, arriba de los dinteles; se trata, en suma de una domesticidad donde perduran las trastiendas, los relatos que hay detrás, tal como las fechas que señalan a la par que un nacimiento el ascenso o la muerte de un reputado mandatario. Así pues, en ese desenvolvimiento de lo que hay alrededor aparecen las historias de la infancia de los padres, las leyendas locales —repeticiones de otras—, las maravillosas aventuras del bisabuelo y los infaltables líos de faldas. No es un tema nuevo, Franco Ferrarotti advertía que:

> La realidad humana no está en la fotografía. Si la realidad humana es significado —concreción, construcción de sólidos significados— no puede encontrarse en la fotografía, pero sí en

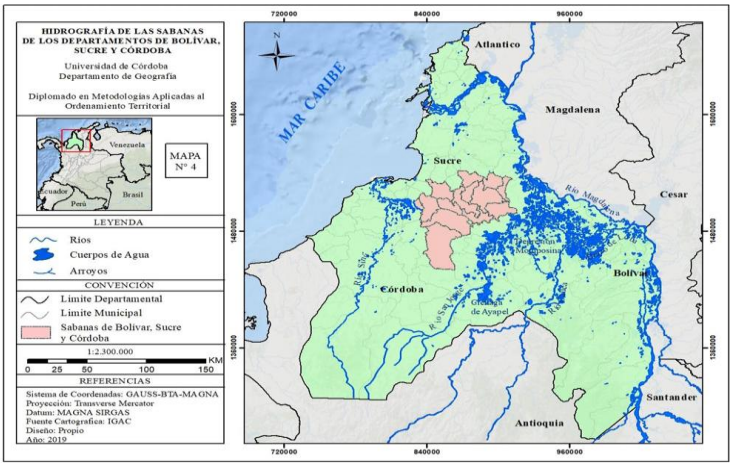
> la intención del fotógrafo. Si no hay intención cae también el significado, es decir, el criterio selectivo, el dato emergente, la variable decisiva. (p. 11).

Más que la intención de los fotógrafos literales, aquí está la intención del retrato, pues permite a los narradores cotidianos afirmar cosas del estilo que ninguno de los integrantes de la familia se adentrara en la vida militar o en la vida monástica o que alguna difunta mostró siempre mirada de entereza, es decir, refuerza posturas, le da un sitio a quien no se encuentra en ningún mapa, puesto que "con la historia oral empiezan a contar también una multitud de analfabetos, los marginados y los excluidos" (Ferraroti, p. 22). De este modo y en este caso, las voces de todos quienes colaboraron en esta indagación devuelve no a los mapas, sino a la vida la posibilidad de un pasado con el cual reconocerse, un lugar simbólico en el país, una posición definida a la que algunos se acogieron y que permitió el futuro, el paisaje distinto, la vida a pesar de todo. De allí que la pregunta del origen develó en muchos las incongruencias de los relatos colectivos y, por ende, de las memorias individuales, para algunos significó, incluso, hacerse una pregunta del todo nueva. Bellanira Solano, una salgueriteña por adopción, devela su recordación dubitativa, respondió a la pregunta del origen llevada a su casa con un "el señor Alfredo y ellos [los Gil] decían que venían de La Gallera, por los lados de Sincelejo", su pista nos sitúa a 63 kilómetros de camino, pero no se trata de una posibilidad impensable, sabemos que en algún punto:

> El ambiente arcádico de las sabanas y del pueblo de Sincelejo se fue perdiendo poco a poco. En vista del desarrollo diferencial de la riqueza y la pobreza resultantes, no es de sorprender que así hubiera sido. La difusión de las relaciones de producción capitalistas en la ganadería y exportación de productos corrompió las costumbres y tensionó la sociedad,

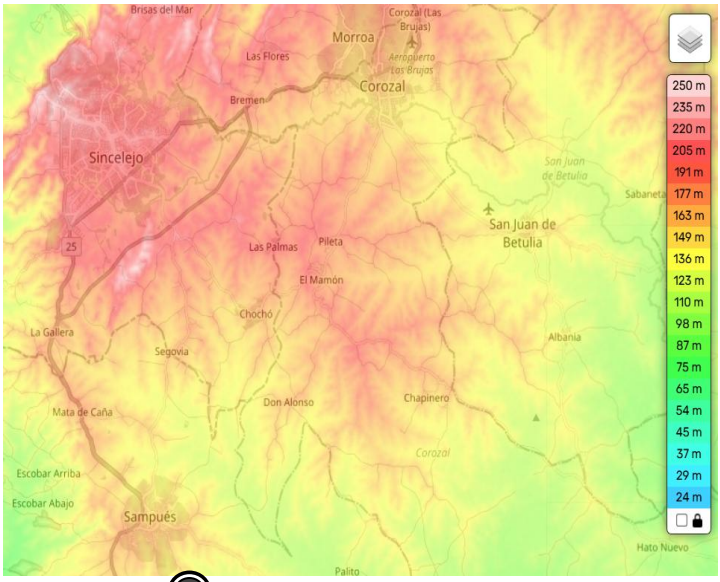
> haciéndola cada vez más desigual e injusta. Este proceso de descomposición social se cumplió en el rápido plazo de dos generaciones probablemente a partir del decenio de 1880. Se realizó entonces otra guerra entre colombianos que ha sido poco reconocida y menos estudiada: aquella por las herencias, que resultó en subdivisión de las productivas fincas y haciendas originales (Fals Borda, p. 100)

Esta luz cineraria, trae, igual que cada palabra dicha por los lugareños, una pregunta a continuación: ¿fue el motivo de la migración hacia otro lugar de la sabana los reveses del desarrollo agrícola de Sincelejo a finales del siglo XIX? Una familiar política de la señora Solano nos conduce cerca de allí y amplía el abanico de posibilidades, se le conoce como "Cayúa"y no es otra que Ana Claudina Reyes, quien dice que su abuelo, Juan Gil, probablemente procedía "o de Tolú o de Sincelejo, que eran las dos partes donde mantenía". Lo que la entrevistada ilumina es, por un lado, un perímetro poroso en la sabana que incluye al actual departamento de Sucre como punto de partida de estas familias y, por otro, el contacto sostenido por los pioneros, como Juan Evangelista, con sus lugares de génesis y un permanente movimiento a lo ancho y largo de la región, presumiblemente por el trabajo del monteo, es decir, fueron, en algún modo impreciso, nómadas aventureros. El origen exacto, entonces, pareciera imposible de saber.



Nota. Mapa de las fuentes hídricas en la región, tomado de "El potencial de las sabanas de Bolívar, Sucre y Córdoba para el desarrollo del turismo: una mirada desde la geografía" de Cantero (p. 55).

No obstante, el nieto de Juan Gil, Ariel, contradice a los anteriores colaboradores, aunque no desdice a ninguno, la pista de su memoria efectivamente apunta hacia las enormes sabanas de la costa atlántica colombiana al oeste del enmarañado sistema hídrico del Magdalena. Ariel Gil responde, a la pregunta por el origen de su ancestro con un "no, él no era de San Andrés, Juan Gil venía de la sabana de La Gallera, de Sampués" y su respuesta lo cambia todo. En esta medida, por la seguridad de su palabra y la lógica fácilmente encajable en el mapa que hemos hecho de estos primeros días, merece la pena asumir como veraz esta versión de los sucesos.



Mapa topográfico de Sampués y sus alrededores.

Se sabía, por lo que los demás entrevistados sugirieron, que el lugar de procedencia se ubicaba al norte en algún punto de las planicies vecinas del litoral atlántico y, con cada pregunta y cada inquirido, la proximidad a Sincelejo se mostró en aumento, además, que se hace probable tan pronto como echamos mano de las agitaciones y variaciones de todo tipo acaecidas en lo que hoy conocemos como el departamento sucreño. La historia de Sampués, a lo sumo y desde su germen, está forjada con algunas flores de lis.

Según versados historiadores, junto a las tierras de Panzenú, Finzenú y Zenúfana, estaban las ricas tierras del cacique Tumbalí, dedicadas a la cría de chivos. Llamaban la atención

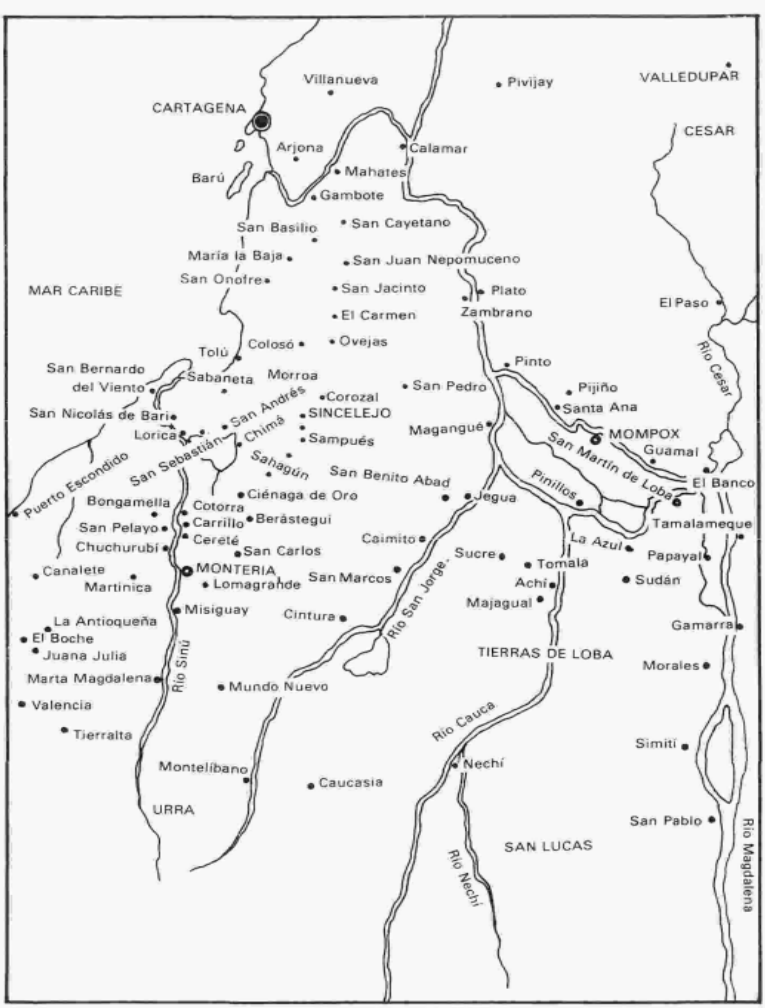
> de los indios nómadas y belicosos de la comarca, como el bravío Sampuit, oriundo de lo que es hoy San Andrés de Sotavento en el departamento de Córdoba. Sampuit invadió a Tumbalí, se apropió de sus tierras y fundó el pueblo que acogió su nombre y que hoy es Sampués. Tal hecho ocurrió el 29 de diciembre de 1690. Estas tierras fueron reconocidas legalmente por la corona española en 1800 como un protectorado indígena bajo la guía espiritual de san Juan Evangelista (Banco de la República, *Enciclopedia,* s.p.).

A este respecto, Eustodio Méndez no estaba lejos de tener la razón, detrás del fondo se encuentra que, Sampués es un poblado reciente, fruto del movimiento de ancestros sanandresanos, pero no solo eso, también es una comunidad capaz de las virtudes de la locura, al punto que allí tuvo, como escribe Vladimir Daza (12), ocasión el breve reinado de Luis I, Luis de Rojas, un mestizo que en 1766 se hizo llamar Jesús Rey, aseverando ser hijo del mismísimo Felipe V y quien se consideró con todas las facultades propias de un monarca ―en contra de Carlos III― para mandar, deshacer y rehacer el santo orden interrumpido en la sabana colonial. Lo extraño es que

> Al escuchar a Luis Primero, como se hacía conocer en el pueblo de Sampués y su comarca, la gente se arrodillaba y desconocía la autoridad del Soberano Rey, generando alborotos y dos muertos. Según declaraciones del Conde de Santa Cruz, éste mestizo era un hombre fatuo y demente. Obviamente fue declarado loco, demente y se propuso enviarlo o bien a La Carraca en Cádiz, España, o un Hospital de Locos" (Daza 12).

Hasta allí, existe el indicio de una historia. ¿Qué queda por pensar? Todo. Hasta este punto solo hemos dicho el principio, se habló de la luz

y algo parecido a la luz se hizo. De nuevo, el relato: más de veinte personas llegaron a orillas de un arroyuelo durante alguna fecha de 1889 en la sabana de Córdoba, entre la cabecera municipal de Sahagún y Caimito, Sucre, fundado a inicios del siglo XVII. Son buscadores de la sal, después serán hijos de ella, su legado —el movimiento— perdura, mientras nosotros, los espectadores, seguimos viendo el amplio follaje que han sido las generaciones venidas a esta tierra angustiosa,y poco a poco el follaje ha sido despojado, quedan unas cuantas hojas secas e inconexas en el estudio de un botánico demenciado.



Mapa tomado de *Retornos a la tierra: historia doble de la costa*, de Orlando Fals Borda.

LOS PASOS DEL SAUCE

Esta es la historia de todas las versiones, por lo que cada quien ha oído o inventado la suya. Ese aparente percance no importa, lo que importa es que cada quien se quede con algo, pues esta travesía no se remite a alguna semilla primera, un huevo prehistórico del que venga la gallina, sino de una hilera de sombras a las que poco les falta para ser sucesos, unos se arroparon en su seno y otros prefirieron vivir sin ellas, aunque siguen —en todos los casos— asomando bajo las puertas.

Este es el después de muchas cosas, incluidas las introspecciones, el durante ha sido ya y figura en algún punto sin delimitar de la memoria. Trata, en efecto, de un pueblo, todas las cosas (hasta el amor) tratan de un sitio en un tiempo determinado. Mi interés era su origen, a sabiendas, por los relatos corrientes, que antes de unas primeras familias no hubo nada sobre ese punto del mapa. Mi pregunta no era otra distinta a *¿por qué lo hicieron?* Así que me encaminé hacia allí en busca de una respuesta en boca de quien fuera, su localización se encuentra entre los límites barrosos de Córdoba y Sucre, actuales departamentos de la República de Colombia. El viaje empieza en Necoclí, aunque el viaje ha empezado hace mucho, en realidad, pero pongamos la aguja allí en el norte de Antioquia, en la margen derecha del golfo de Urabá. Son las nueve de la mañana, me recoge una minivan a un costado de la carretera, viajo junto a ocho personas más, algunos van dando el aviso de bajada a medida que nos internamos en el departamento vecino, otros me acompañarán hasta su capital, Montería. Todo esto al cabo de atravesar en Antioquia a San Juan de Urabá, un tramo de vía dura, por no decir hostil, y Arboletes. El resto es un periplo más cómodo para mí.

Después de tres horas se llega a la terminal terrestre de Montería, ubicada en la calle 41, de ahí debo buscar transporte hacia un municipio del nororiente, Sahagún, fundado en 1776 en honor a un

pueblo homónimo de la provincia de León, en España. Hace cerca de 15 años no hago este viaje, pero consigo defenderme en el tumulto, un par de consultas previas e intuiciones afortunadas me salvan de extraviarme. Logro un cupo en otra minivan que va hacia allí, así me interno en la sabana del todo, el paisaje es plano, pocas elevaciones se avistan, desde la carretera se distinguen los sembradíos y, en ciertos tramos, el ganado que pasta o descansa. Son 73 kilómetros de carretera los necesarios para llegar a Sahagún, primero hemos de cruzar varios poblados: Cereté, Berastegui, Ciénaga de Oro y La Ye. La minivan se adentra hasta la terminal, una construcción de unos 11 años de antigüedad, antes de seguir su destino hacia Sucre. El trayecto ha durado dos horas, siempre sobre el asfalto, y empiezan las maromas para adentrarme en la ruralidad, no se puede ir con cualquiera, por seguridad y, más que nada, porque no es una ruta frecuente a causa de los pocos pobladores y visitantes. Ante tal panorama, la familia es quien resuelve, un amigo de la casa me lleva hasta allí, por varios intrincados caminos que conducen a Sucre, a uno de estos puntos de conexión lo llaman “El crucero”, una esquina de la vía señala lo que se encuentra al final de cada dirección. Giramos a la derecha, ya la carretera se ha hecho un suelo destapado y taimado, bajo el que en determinados puntos llegamos a encontrarnos las venas de la región, sus tres arroyos: Tres Bocas, Salguerito y el San Juan, a este último lo nutren los dos anteriores y las aguas mezcladas desembocan en los linderos de Caimito, en Sucre, es decir, en las proximidades del río San Jorge. No son en este punto donde me los cruzo aguas navegables, tampoco se muestran prístinas a la vista, pero se supone que el arroyo Salguerito ha servido de nutriente hídrico al poblado desde sus primeros días. Me cuesta creerlo.

Finalmente, doy con mi destino, la casa de los abuelos, de ella poco a poco he ido perdiendo recuerdos, quedan ―aún― entre los

campos de Córdoba la edificación, los árboles, la tierra removida por más de cinco generaciones, los vestigios de cuerpos de animales de los que nos enteramos de su muerte o no, todo lo que al final pudiese ocurrir a la orilla de una vía terciaria sin conocimiento del pavimento Eran mis primeros años de la infancia, de modo que la geografía de mi cabeza era demasiado reducida siquiera para comprender que un sitio como aquél pudiese ser dos cosas a la vez: un poblado de más de un siglo llamado Salguerito y, a la vez, Colombia. Nadie fue capaz de hacérmelo entender, entonces. La fundación del sitio estaba más o menos en boca de todos, pero apenas si asomaba entre las conversaciones de la tarde y de la noche con ese tufo de lo remoto, así cuando quise saber de esos tiempos, a mitad de la adolescencia, a los lugareños les costaba hacer retroceder a su memoria, pasó con la abuela, me comuniqué al teléfono con ella, ya el abuelo se encontraba en una bóveda húmeda de la que siempre imaginé que se quejaría con un buen tiro de comedia, y ella atendió entre la señal escasa.

—¿Qué recuerda usted del señor Alfredo?

—¿Qué pasó con Alfredo? —me malentendió.

Su oído escuchó a su antojo, pensó no en los muertos —su suegro, Alfredo Gil, uno de los supuestos fundadores—, sino en los vivos —su primer hijo que lleva el mismo nombre—. Seguí indagando en esa segunda década del nuevo milenio, pero, entonces, todos eran nombres lejanos para ella en una vida dedicada por completo a la maternidad, la suya, imposible la mirada atrás en una mujer que siempre debió pensar en el paso adelante. Yo, por mi parte, cumplo con volver a la casa. Es amplia, aunque menos de como la recuerdo, las extensiones de campo tras la edificación se me hacen más sencillos de cruzar y ya no la inmensa suma de árboles y cultivos en los que era fácil echar la imaginación a volar. El terreno fue una adquisición primeramente de la familia Solano que vendió por una cantidad de dinero considerable a

José Leonel Gil, pero para entonces distaba mucho su imagen de la de árboles frutales, cultivos, casa, cemento y pozos, solo era un monte pelado en el que los Gil Solano tuvieron que hacer todo de cero, lavadero, casa, galpón, cuartos y también cada naranjo, limonero, rosa, mata de maíz, árbol de mango, ciruelo y enredadera de maracuyá. Eso es lo que veo al cruzar el portón. La familia sabe a qué he venido, por eso, la primera noche prestan oído a mis preguntas e intentan desenredar sus recuerdos más antiguos. Llego con un nombre capturado de un blog, Juan Antonio Gil, el supuesto patriarca de la familia, su mención los nubla con rapidez y conforme sigo la indagación, y cuestiono los datos de mi talego, parezco encontrar la primera respuesta: son dos hombres distintos. Estoy sentado sobre el piso en un punto de la terraza cerrando un círculo en el que se vierten muchas, muchas historias. De esta forma descubro mi información errada, resulta ser que Antonio es uno de los hijos del patriarca —según otras versiones incluso un primo—, quien será padre de una muy conocida vecina: Ángela Gil o Angelita. Se rumoraba de él que sabía leer las cartas, pero no deja ser un dato poco atractivo frente a su destreza en el juego del yerro, un entretenimiento en el que presumiblemente se hacía uso de dagas en un enfrentamiento de a dos y donde el hombre destacaba. Me llama la atención de inmediato. Poco más pueden decirme, guardan más recuerdos de su hermano, mi bisabuelo, el señor Alfredo o, en el decir de la tercera generación "papá abuelo". Lo recuerdan de manera muy cruda, como un bailador infatigable y un consumado mujeriego, además de tener el gusto por un juego del que no había oído, el *florón*, un ejercicio de carácter funerario y de prendas que se recuperaban cantando o recitando décimas.

Ninguno de los recuerdos apela a lo que aquí se considere extraordinario, casi todos los pobladores y familiares se agruparon alrededor de las bondades de una vida campesina que se las tuviera que

ver con Dios y contra la tierra a veces bendita. Tampoco queda ninguna fotografía de los muchachos con picas en el campo o las rodillas húmedas entre los arrozales, solo la abuela que lo cuenta entre el pudor, la timidez, y, desde luego, su buen charco de nostalgia. Como excluidas están las anteriores escenas, asimismo los momentos históricos de la república, pero han sucedido, nadie lo puede negar, entonces, ¿dónde están en todos esos enredos y pleitos los Gil, los González, los Mendoza, los Vergara, los Pila, los Heredia y los demás? Ni siquiera puedo responder por mi propio apellido, las marcas, las huellas, han sido barridas por el viento de la sábana y desconocemos qué más. ¿Es una pregunta que a la familia Gil la persiga? No lo sé, poco interés siempre hubo hacia el pasado fuera de ciertos visos más bien mitológicos, la concentración se sostuvo en algunos hacia el campo, en otros hacia lo que hubiese más allá del campo y los riachuelos, en otros hacia las letras, he de recordar aquí al tío que escribía en las paredes de la casa después de la muerte del abuelo, ¿de dónde esa pulsión? Imposible saberlo, sería excesivo, sería hilar muy fino, imaginarse que de las gentes de prestigio, por ejemplo, que el Gil de casa venga de alguna manera imprevista de Juan José Nieto Gil[1], presidente de la Confederación y del Estado de Bolívar, un coterráneo de esas épocas

[1] Fals Borda, en *El presidente Nieto,* escribe, a propósito de esta probabilidad que

> Tanto la parentela de Nieto como la de Gil eran pobres. En ninguna de las dos figuraban poderosos señores ni funcionarios virreinales. Pero tampoco ninguno de sus miembros estaba sujeto a esclavitud ni servidumbre. Eran mestizos, mulatos, zambos, tercerones, cuarterones, quinterones, tentes-en-el-aire y blancos libres que, como sus descendientes en el mismo vecindario hoy —donde no existe el latifundio— vivían principalmente de la agricultura. Habían hecho rozas y fincas pequeñas de algodón, caña, millo, yuca y pastos en Cibarco y Sierra Honda, no lejos de las Tierras de San Blas, propiedad antigua de descendientes de don Andrés de Madariaga, conde de Pestagua (p. 33a)

nacido en Baranoa, a 178 millas del lugar de los sucesos de 1889 o 1899, pero quien escribiera en una dedicatoria de 1842 a Teresa Cavero de Nieto en su *Yngermina o la hija del Calamar*:

> Hay ciertas inclinaciones en la vida de que no nos podemos desentender por más que queramos; y yo no sé cuál sea el impulso que me arrastra a estar siempre escribiendo alguna cosa. Muchas veces me dispone a dejar esta manía, el que a mí mismo me parece desatinado y nada bueno cuanto escribo; pero una fuerza enemiga que no puedo conjurar, se resiste a que renuncie (Nieto 15)

¿Fue ese mismo arrojo el que sacudió la muñeca del tío por las paredes en las llagas de su duelo? Seguramente. Mas no se requiere compartir la sangre para sentir un hombre lo mismo que otro, solo se requieren huesos, carne, un poco de mente y un corazón latiente. De nuevo, la noche de mayo. Desde el suelo, como si de alguna manera conectara con las raíces imaginarias, les pido que vayan un poco más atrás, hasta el padre del señor Alfredo. Juan Gil. Ese es el otro hombre que se ha mezclado en los registros. En efecto, se trata del padre indiscutible de la familia Gil, se refieren a él como "Papito Juan", su imagen es la de un hombre bajo, canoso que residía con una de sus hijas.

—¿De dónde venían? —me lanzo a preguntar.

Uno de ellos, el mayor de la unión Gil-Solano, me dice que eran de Platero, pero este Platero no aparece en los mapas. Lo segundo que se me advierte es que estos antecesores afirmaban no había nada en el sitio, solo una trocha.

—Un camino real, así lo llamaban —me cuentan.

Pero poco más pueden decirme de tiempos tan atrás. En cambio, me dan un nombre, el de un hombre vivo, Eustodio Méndez,

quien parece ser un entusiasta en estos asuntos y más enterado de ciertos pormenores de mi interés.

Al siguiente día, temprano, estoy en su casa, me acompaña uno de mis tíos con un pollo para la venta, hemos dejado al animal en el suelo y no tarda en empezar a picotear en el suelo de los alrededores, mientras la esposa de Eustodio, después de escuchar mis intenciones, nos indica que se ha ido hace poco a los cultivos a limpiarlos de maleza. La mujer nos invita a pasar al fondo y buscarlo. Eso hacemos, atravesamos una pequeña puerta de madera y, de inmediato, se descubren los surcos de maíz y yuca. Se escucha agua no muy lejos. Gritamos su nombre. No contesta, sin embargo, sus huellas marcan un camino hacia más allá de los predios. Desandamos nuestros pasos hasta la casona y dejamos dicho que regresaremos a mediodía.

De vuelta en la casa de la abuela, mientras el mundo recibe el calor de un sol que la lluvia tempranera ha tenido oculto, ella me cuenta las versiones que recuerda. Mamá, es así como se la ha llamado por años sin importar la generación, un personaje lo más de curioso, escondía de todos su alfabetismo y con sus años se le dio por seguir pasando en las filas de los desprotegidos de las letras; celebra su natalicio los 31 de diciembre de cada año, por designio de la registraduría, al no contar con una fecha oficial de nacimiento —ese primer número que nos marca— proporcionada por los familiares que quedaron a su cuidado, tras la muerte de su madre. Eso sucedió con la abuela, el descuido de su propio y enredado linaje. Esa misma mujer, ahora anciana, me relata la relación con el abuelo, los años difíciles, el encuentro, el inicio de la relación, su faceta de padre e incluso, en algún instante, vuelve a contarme su muerte, el viejo cayó la tarde del 17 de julio de 2010 en un ataque de risa tan desproporcionado que devino pronto en infarto a medio comedor.

—El señor Alfredo me decía que era peor perder una esposa que una madre —reflexiona—, yo no lo creía.

Se hace un silencio y veo cómo se le anegan los ojos, entonces, pienso en todo lo que puede pensarse ante una verdad así. Le permito una pausa que acaba por consumir toda la plática. Anteriormente, la abuela me ha contado su procedencia, su familia viene de San Andrés de Sotavento, otro municipio del norte del departamento, pero distintos avatares arrojan a la familia primeramente a la cabecera urbana de Sahagún y, al poco tiempo, hacia el corregimiento. Sus razones son razones de amor, se ha fijado en ella —inclusive han hecho un pacto— el mayor de los varones del señor Alfredo Gil. De este guarda muchos recuerdos, pues hay doble ligazón política, además de su unión marital, su prima —Paula— ha resultado como nueva esposa secreta del patriarca de la familia Gil-Reyes. Lo describe como un capataz de los tiempos de siembras y cosechas, a su mando solían estar mínimo 25 o 30 mozos de todas partes de la región. Profundiza un poco.

—Era hablador, cariñoso, amable, moreno, siempre peleaba con Paula borracho, pero en sano juicio muy caballero —me cuenta.

No me he detenido en él, aprovechando su golpe de memoria averiguo por el padre de Alfredo. Lo recuerda viviendo de casa en casa de sus hijos, usaba bastón, no gozaba de mucha altura, se decía que era un tanto embustero y de humor refunfuñón. Desde luego, son los últimos años de su vida los que la abuela recuerda. Finalmente, hago la pregunta que me invade todos los días de mi estancia: ¿de dónde procedía la familia y los amigos de la familia que llegaron hasta allí.

—Ellos decían que venían de La Gallera, cerca de Sincelejo —es la respuesta que pronuncia.

El dato que me arroja esta conversación parece el más sólido de los obtenidos hasta este momento. La Gallera es un corregimiento a mitad de camino entre Sincelejo —a este pertenece su jurisdicción— y Sampués, en el corazón del departamento de Sucre. Cuenta con una

extensión de no más de 0,278 km² y una población que actualmente rebasa por muy poco el medio millar de habitantes. La nueva pista nos sitúa a 63 kilómetros de camino, pero no se trata de una posibilidad impensable, sabemos que en algún punto del siglo XIX sucederán en dicha parte del país varios percances en el sector productivo que pudieran incentivar la migración interna.

Sin que lo previésemos, un hombre robusto de tez morena cruza la entrada en mi búsqueda. Es Eustodio Méndez, viste una camiseta de la selección nacional de fútbol, pantalones gastados y abarcas. Es un 27 de mayo, noche de luna nueva, así que Eustodio empieza por hablar de eso en un tono cómodo. Al cabo de esta charla inicial, le manifiesto el interés que me ha llevado de vuelta a la región y él no tarda en mostrarse fascinado con la investigación. Eustodio es hijo de don Antonio Méndez, al cual llamarán el señor Méndez a secas, originario de Tuchín, Córdoba, y quien fuese propietario de la finca La Colombiana, valorada en su momento en 500 pesos oro. Le pregunto a Eustodio por Juan Gil, lo identifica de inmediato como "Papito Juan"; le pregunto —en busca de corroborar la información recién recibida— de dónde venían estos hombres y mujeres.

—De San Andrés —me responde—, todos los de Salguerito son sanandresanos, indios… menos los Hoyos.

Desde el total desconocimiento de todo lo previo, Eustodio acaba de enviarnos al mar de las confusiones. Su afirmación parece imbatible, muestra toda la seguridad de la que es capaz a este respecto; en caso de que su afirmación sea cierta —él la sustenta con registros consultados en el propio San Andrés de Sotavento— significa una de dos cosas: o que la memoria de la abuela flaquea o que la familia Gil se inventó para sí una versión totalmente distinta de los hechos… Lo que este hombre *hace mucho que no escribo* dice o, más bien, *da mala*

suerte dejar un texto a medias lo que puede inferirse de su presunta posición histórica latirá constantemente contra los descubrimientos posteriores en este trayecto *no, lo correcto es dejar la siguiente parte siempre en ciernes* hacia introspecciones desconocidas *es lo que dicen los que saben* o lo que quiera que eso signifique.

Sigo por esa línea, con Eustodio indago en el nombre del corregimiento, nos cuenta (somos un grupo de distintos sexos, edades y ocupaciones, aunque soy yo el único que no se ha dedicado al campo) la toponimia de Corozal y Montería, da muestras de gustarle saber ese tipo de datos semiocultos, pero cuando lo remito al lugar que pisa solo acierta a contestar en el mismo tono que el de un niño cínico, entre la ternura y lo macabro:

—Es la única historia que no sabré, así la busquemos.

Acto seguido, admite que de alguien saberlo con exactitud sería el propio Juan Gil. Me permito, entonces, confesarle una especulación: el hecho de que el diminutivo haya llegado después. Que originalmente fuese Salguero, un comedero de sal para el ganado, la metáfora de la sal para los hombres, la sal del mundo, la sal de Dios, la sal de una docena de familias, así, en dimensiones generosas y esperanzadas, pero el cariño o, su opuesto, la indiferencia, lo hayan vuelto pequeño entre las generaciones. Sin embargo, de un golpe de solapa desbarata esa suposición, la considera del todo improbable, además, existía ya un Salguero en Ciénaga de Oro, ¿para qué copiarse? Lo que no considera el bueno de Eustodio es, precisamente, que el mundo está repleto de nombres repetidos, aquí y allá por conquista o capricho autónomo las poblaciones recurren a nominaciones ya existentes, para efectos de su comprobación existen tres Albanias como nombres de municipios en los márgenes de la patria, dos Barbosas (una en Antioquia y otra en Santander), tres Bolívar a los que acompañan en el listado una lista

enorme de variaciones con el apellido del Libertador, dos Concepción, dos Concordia, nueve distintos San José, seis San Juan, junto a un Sanjuanito. Y la lista de las repeticiones prosigue.

Eustodio data al pueblo con unos 150 años, las construcciones primeras que recuerda se situaban al fondo de los predios, pues, apunta, "las casas de los indios nunca se hacían a orilla de la carretera". En este punto, se deja conducir solamente por las preguntas que le hago, afirma que ninguno de los pobladores inicialmente fuese miembro de alguna de las fuerzas armadas de la nación, pero no tarda en admitir la posibilidad de que exintegrantes de la *popolia*, una especie de policía comunitaria e ideologizada, diesen con sus vidas en el pueblo al desentenderse de las armas. Le sugiero, al contarme esto, que la razón de estas almas migrantes no fuese otra que los momentos críticos del panorama político colombiano, Eustodio menciona una guerra, con algo de ayuda acierta el nombre de La Guerra de los Mil Días

—Sí, de eso venían huyendo —filosofa.

Lo que sigue es un mediano tractatus oral en el que exalta las virtudes convivenciales de los salgueriteños, los arribos esporádicos de los gitanos que se acercaban en pequeños grupos de tres o seis a las casas ofreciendo la lectura de la suerte.

—Como curas —recuerda—, los hombres venían como curas y las mujeres de faldas largas y pañoletas.

El recuerdo de estos gitanos se reduce al misticismo zarabandista que pueda caber en el coro de unas prendas negras. Su llegada al poblado de orilla de camino real desaparecerá sin razones ni pesos, quedarán compendiados a los tiempos primeros, mismos en los que —como asevera Eustodio— se veía alrededor solo monte y la caza campaba a sus anchas y embuchaba guartinajas, armadillos y los pocos venados

presentes en la sabana. Pero no solo de carne domesticada vive el hombre. Los pobladores veían año a año erguirse sus cosechas de maíz, arroz, yuca y ñame, por lo que empieza a hablarse de los famosos "cuadrilleros", capataces, quienes se encargaban de la juntanza de cerca de 200 mozos para las labores de campo. Uno de ellos sería Alfredo Gil, uno de los primeros pobladores que llegara allí a cortísima edad, muerto, según estimaciones de Eustodio, en la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX con nueve decenios de vida. Es aquí donde los puntos flacos del visitante asoman, todo su hilar de los sucesos encarna una extraña cohesión, pero apenas cruza al plano de las fechas, las cifras, los tiempos normados, su narración se tropieza consigo misma y es aquí donde desconfío, segundo a segundo, de todo. Cualquier detalle, pienso, puede ser una equivocación, una cosa mucho dicha, de mucha fama, creída a ciegas y repetida.

Se me hace prudente, preciso y necesario averiguar por mi propia familia. La cabeza aventurada, Juan Gil, con una riada de hijos, estaba rodeado de las especulaciones, se decía que sabía muchos secretos, esto es que en su saber estaban las oraciones de santería y los métodos estrictos para la captura de brujas a medianoche. De paso, como si el viento lo trajera a su lengua, Eustodio menciona a Angel Gil, hijo del anterior, jugador reputado del *yerro*, una particular puesta en escena de combate con armas blancas, las dagas probables, que fue popular durante muchos años en las provincias. Hasta aquí dura nuestra conversación con Eustodio, sienta en el silencio a su lengua, se muestra complacido, liberado, mientras tanto el día ha completado su primera mitad y el almuerzo ya casi está.

La terquedad no fue poca. Sabiendo que pronto partiré y tras hurgar sin suerte en los baúles, me dejo llevar por el presentimiento de los datos imbatibles, los restos de los muertos. En una tarde de finales de mayo,

acompañado por Misael, el tío que cuida de la abuela en estos años, me dirijo al cementerio, para ello debo cruzar todo el poblado, dejar dicho que si alguien sabe algo me avise y estaré en la comodidad o incomodidad de su patio sin otra arma o recurso que una duda bien añejada. Así consigo varias citas que se darán al regreso de mi trayecto hacia el cementerio, ubicado en una vereda vecina, Escobalito, la cual recoge todos los restos mortuorios del rústico y amplio vecindario. El camino es largo, empolvado, sus riberas son casas modestas y cercas aguadas por el tiempo. Mientras atravieso la única calle, los ojos despuntan tras los jardínes o en los portones; por mi parte, pienso en quienes llevan viviendo allí años, quienes pasan sus primeros y sus últimos días, las propiedades heredadas en las que habitan, muchas de estas quedan retiradas del arroyo, por obvias razones de crecientes y solidez del terreno —asumo—. En esos instantes, se me ocurre la otra alternativa que no di al señor Méndez del nombre Salguero, la acepción de sauce, un árbol legendario crecido en las orillas de las aguas al que adoraban desde los tiempos de los antiguos egipcios, hizo parte del zodiaco arbóreo de los celtas, fue de uso medicinal en Mesopotamia y entre los griegos se creía que guardaba una ceñida concernencia con la muerte, los guaraníes imaginaban que en el pasado pre-humano Isapí, la hija de un cacique reputado y noble, tenía una falta total de simpatía, empatía y corazón, era mujer esbelta, de respuestas ácidas, rostro fiero, lagrimales secos y absoluta indiferencia ante los dolores humanos, por lo que fue castigada —como la infortunada Dafne— volviéndose un árbol que bebía el agua de las orillas de los arroyos y ríos, ahora, encorvada se veía por encima de la corriente y, al fin, lloraba. No solo eso puede decirse del sauce, una vieja tradición afirma que existe una manera de anunciarse la propia muerte al entrelazar dos de sus ramas en forma de cruz y lanzarlas a una fuente de agua: si la cruz se hunde al instante mucha vida vendrá aún por delante; en cambio, si la cruz flota en la piel del agua la muerte estará a dos pasos. ¿Será posible, acaso,

que este sea el verdadero origen del nombre, igual que en muchos otros sitios donde plantas y animales dan, sin impedimento, identidad a la gente? La vida de los sauces suele imitar la duración del hombre y la mujer promedio, sus hábitats, sin embargo, como los pueblos, perviven según el agua que los acompañe. El Salguero de esta historia continúa en el mismo sitio por este motivo, pero el hombre no solo vive del agua, también de su osamenta vertida a la tierra, de ahí que no sobre la expedición que hacemos al cementerio.

Cuando llegamos descubrimos el olor de una tumba mal sellada, por supuesto no es ninguna nuestra. El cementerio se separa de la trocha por un muro blanco de poco más de medio metro con una reja igual de enana y una puerta en hierro que casi nunca se cierra. Con solo entrar, a mano derecha, se da con el mausoleo improvisado de los primeros Gil y sus nombres grabados a base de cincel, es un mausoleo más parecido a socavones brotados de la tierra que a un monumento familiar. No puedo olvidar, ahora, que se trata de exploradores, de hombres sin miedo ni final definitivo, y esa clase de individuos suelen reposar en fosas anónimas. Algo así son estas, las han curtido de cal, pintura y otras preparaciones para sostener el blanco uniforme en todo el cementerio, por lo que las hendiduras que anuncian los nombres y las fechas se desdibujan. Mi tío y yo lo conversamos. No podemos haber ido allí para nada. Buscamos agua, piedras filosas, las propias manos y arrancamos toda esa costra artificial hasta poder leer con algo de claridad:

†
Alfredo Gil Hoyola
26 de febrero del año 89
Edad 70 años

Es lo que dice la tumba más alta, una rama familiar ha saltado ahora a nuestro mapa, la familia Hoyola; también se acortan su edad y, con ella, la edad del pueblo. Debajo está la tumba de su padre, repetimos el procedimiento, solo que por la antigüedad se requiere de un esfuerzo mayor y conformarse con una claridad menor. Leemos letra a letra, sílaba a sílaba, hay caracteres confusos que precisan de ser completados con entendimiento e imaginación. Por fin, conseguimos vislumbrar cuatro frases:

†
Juan Evangelista Gil
Enero de 1966
Edad 120 años.
"Recuerdo de sus hijos"

El asombro ha venido a visitarnos, incluso fuera de casa. Lo mismo que si dijera coronel Juan Gil o presbítero Juan Evangelista Gil o que su nombre estuviese marcado con una equis como seña de alguna pasada *damnatio memoriae*. Su edad, su nombre, su descubrimiento, como si siempre hubiésemos dudado de su existencia, creído era un mito familiar, pero no, allí estaba, al menos el testimonio de su paso entre la materia, el tiempo, la memoria, la olvidadiza humanidad.

El segundo nombre del patriarca nos cuesta identificarlo, está borroneado por golpes y sobrecapas desde el año 66, pero no parece caber otra posibilidad distinta a "Evangelista". Como si fuera una iluminación, deambulamos por el resto del camposanto, encontramos a Froilán, uno de los hijos de este Juan primero, a la tía Rosa, a José Leonel, lo que hallo, sin embargo, al tropiezo de mis ojos son solo nombres, lo que de ellos pueda decirse, recordarse, está en otros sitios, no entre el cemento o el mármol, son allí sombras fijas, sin ninguna luz

alrededor que siquiera las rodee, las defina, las forme. Desandamos los pasos de regreso al pueblo.

La tía Emilsa ha conseguido reunirme con Ana Claudina Reyes, la esposa y prima de Néstor Reyes, hermano del abuelo, a quien el Alzheimer ha devuelto a ciertos caprichos y contemplaciones de la infancia. Él, en su absorta mirada, lástima, nada puede decirme. Ana Claudina, una mujer de voz fuerte, ancha de torso, de fácil hablar y con una sordera que la aqueja, nos recibe, aún sin reconocerme, en la sala de la casa, de techo de palma ennegrecida, suelo de tierra domeñada, horcones viejos y recios y varios taburetes dispuestos para sentarnos. En la localidad nadie la llama por su nombre, sino por un apodo de significado irrastreable: *Cayúa*. La tía Emilsa le ha contado nuestra intención y, en una extraña maroma de la vida, se convierte en nuestra traductora, solo ella sabe colar entre su sordera nuestras preguntas de un modo auténtico y eficaz.

—Ah, Papito Juan —contesta a la primera de las averigüaciones.

Entonces, lo recuerda, recuerda su nombre completo: Juan Evangelista Gil Trejo, padre, abuelo, casado con Clementina Hoyola; acto seguido, cuenta que el apellido real era Díaz y no Gil, pero la combinación "Trejo-Díaz" claramente causaba carcajadas, parecidas a la que suelta cuando acaba de contarlo. Desde luego, pienso, es un chiste de época. Ana Claudina continúa, me dice que Juan Evangelista era un hombre bajo, encorvado, dedicado a montear con una buena cuadrilla de perros que le servían en la caza de zaínos, guartinajas y venados, estos más una preciada escopeta de dos cañones que le incautará —como al resto de lugareños— una especie de policía conocida como "la popolia", a quien algunos relacionan con el partido conservador, en uno de los

períodos de violencia de la región. Le preguntamos, a través de la tía Emilsa, por la procedencia de Juan Evangelista.

—De Tolú —contesta inicialmente, pero le hacemos saber lo que han dicho el resto de entrevistados y complementa su versión—, entre Tolú y Sincelejo, esas eran las dos partes donde mantenía.

—¿Y por qué vinieron?

La tía Emilsa repite la pregunta.

Ana Claudina responde.

—Venían huyéndole a la guerra, él, Nicomedes, Saturnino —deja la lista empezada y retoma luego—. Parece ser que Papito Juan vino con unos amigos, unos señores, Saturnino [Blanco], [Manuel] Méndez y Nicomedes [Quiñonez].

Sé que tengo en frente a un personaje, la sombra proyectada desde algún fondo de los siglos que me alcanza. Juan Evangelista Gil, un monteador que no fuma ni bebe —de hecho, el día que pide un trago de ron la muerte toca a su puerta—, se ha dedicado a andar la sabana, ha fundado un pueblo al que ha llevado a su esposa Clementina Hoyola, sus primeros hijos y donde nacerán los siguientes. Su esposa se le adelantará en la muerte y será enterrada en la vecina Catalina donde una cruz bonita y encargada expresamente por él recordará el sitio en que descansa. ¿Qué más puede decirse de un tipo como aquel que se impuso, pese a la vastedad del paisaje sin dueños y pese a sí mismo? Ana Claudina ha contado más, recuerda que era muy bueno con la majagua, una fibra de un árbol local, con la que hacía mochilas, cabuyas y cañamitos para los enamorados. No solo eso, también santiguaba niños contra el mal de ojo y le visitaban de localidades aledañas por este don que uno de sus nietos heredará, José Leonel Gil, mi abuelo.

Por último, deja el dato quizá más sorprendente, su inteligencia fácil y sonora para cantar décimas. Uno de sus nietos, a unas casas de

allí, donde a los minutos me dirigiré, confirma esta versión, su nombre es Ariel, hijo de Alfredo y Rosa Amalia, hermano del viejo José Leonel. El tío abuelo Ariel nos recibe sentado a una mesa rectangular de madera, junto a uno de sus hijos, está lúcido y se muestra muy dispuesto a las preguntas que llevamos a su casa. De Juan Evangelista Gil nos cuenta que tenía un gusto especial por la agricultura y que, además, como afirmara su vecina:

—Era cantante, era de la poesía —y comenta la facilidad para la composición de décimas.

La curiosa afición de Juan Gil no pasa por ser menor, pudo haber tenido mal guardado un espíritu de juglar, de hombre lírico y caminante que cantaba en cuanto pueblo y cuanta casa hiciera falta, ¿era acaso Juan Gil el juglar de la sabana? La pregunta me llega tarde, en aquella vez sigo escuchando al tío Ariel, es un hombre de buena y mucha seguridad al contestar. Me comenta que la razón para haber llegado hasta allí fue la facilidad de las tierras, por ser baldías, aunque se sabe que mucho tiempo atrás debiese ser un poblado indígena, pues en algún momento de la segunda década de los 2000 Argelio Gil, uno de los hijos de José Leonel, encontrará por despiste y fortuna una nariguera entre las raíces de un naranjo, motivado por el asunto inició una excavación a la que se unió medio pueblo —con la esperanza de un tesoro a lo Tutankamón— hasta dar con un hueco enorme en el que cabían hasta cinco personas y en el que encontraron un buen grupo de vasijas de barro prehispánico y ningún otro gramo de oro.

El tío Ariel habla de otros muertos: de Ángel Gil nos dice que, en efecto, jugaba al *yerro* en un balay de bejuco y manejaba las dagas como ninguno, sin embargo, aclara que era un foráneo de la familia.

—No era ni de Clementina ni de Juan, solo llegó adonde ellos y allí se quedó.

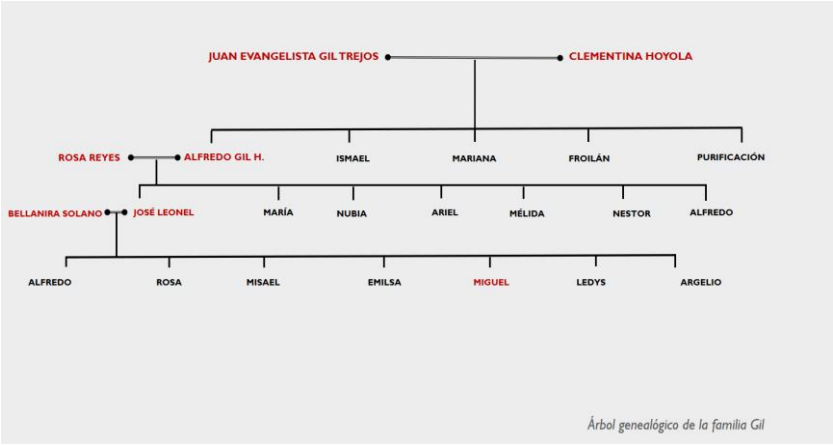
Nada más dice. Por otra parte, recuerda a su padre, muerto según su versión a los 76 años, después de que un pájaro muy de noche lo atacara en la cara y a causa de ello a los días le alcanzara la muerte. Este Alfredo Gil, la versión insiste, tenía también el gusto musical incrustado, en especial en cuanto al juego funerario del florón se refiere, un juego de agilidad y canto exclusivo de los funerales en los que el finado fuese un niño no mayor a los diez años. El tío Ariel nos canta, de pronto:

— El florón está en las manos
Y en las manos está el florón.

No podemos negarnos a vagar en su buena recordación y preguntamos por el origen de la familia, no sin antes exponer lo que los más ancianos del lugar se han aventurado a afirmar. Él, no obstante, es de otro parecer, niega del todo que viniesen de San Andrés y asegura, severo y sincero, que Juan Evangelista Gil venía desde la sabana de la Gallera, del pueblo de Sampués, en el actual departamento de Sucre. Sampués consta de 209 km², está a 160 metros sobre el nivel del mar y goza de una existencia política que antecede a la llegada diplomática —en esta zona de la sabana— de la corona española. La locura y la osadía es el pan de cada página de su historia, en Sampués sucedió el ficticio reinado de Luis I, Luis de Rojas, un mestizo que en 1766 se hizo llamar Jesús Rey, hijo del mismísimo Felipe V, autodeclarado monarca, y mucha gente así lo creyó y, sin más, se arrodilló. De modo que Sampués se ha caracterizado por su falta de cordura y esta es el mejor indicador para decirnos que quizá sí, quizá sea este el orígen rastreable de la familia Gil, sus amigos y conocidos con los que se adentraran en una expedición a unas millas de allí para hacerse con otra historia. También cabe otra anotación acerca del poblado que acaso dote de parcial cohesión el argumento de la procedencia, en el mismo comienzo de

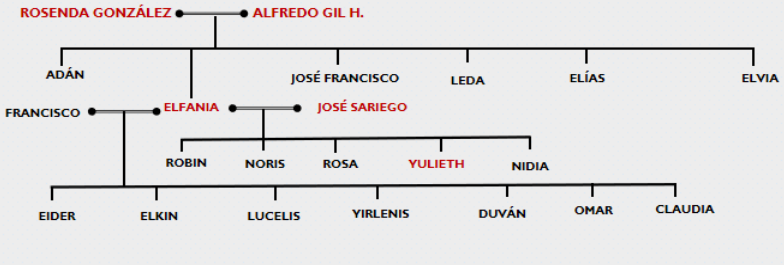
Sampués, ya que su origen viene del héroe One Sampuí, cuya comunidad invadiera al cacique Tumbalí, un criador de chivos, se apropiara de sus tierras y allí erigiera un pueblo en su nombre. Se le reconoció en 1690 y en 1800, bajo la figura de protectorado indígena, el sitio pasa a llamarse, desde entonces, nada más y nada menos que San Juan Evangelista de Sampués.

De modo que nuestro antecesor, el hombre bajo y pionero, resultó homónimo del mismísimo Sampués, lo que no pasa por ser una coincidencia menor, probable sea que sus padres (cuyos nombres están más allá de las sombras admisibles) reprodujeran en él el sitio de su nacimiento por un motivo que nunca sabremos. Allí debió vivir parte de la vida, pero anduvo la sabana a su antojo hasta que arrastró consigo mismo y con su gente hacia tierra buena y nueva, allí creó un salguero de una sola vía, un pequeño pueblo de sal en el que las familias se cruzaron entre sí, vendieron, compraron, malgastaron y abandonaron; de él y Clementina se desprende el siguiente ramaje familiar, como raíces locas de tubérculo, que debe ir ya en su sexta o séptima generación.



Árbol genealógico de la familia Gil

La lógica de su despliegue acerca, de un modo esperado, a Juan Evangelista con el visitante que elabora esta crónica y que sabe quedan por fuera muchos paréntesis sanguíneos y toda clase de desvíos que (normalmente por la vía de los hombres) propaga el apellido Gil hacia múltiples destinos de la tierra. Uno de ellos ocurre con Alfredo Gil, a quien antecede la fama de mujeriego, mismo que sostendrá una relación falsamente secreta con Rosenda González, pues de su unión vendrán al mundo seis hijos.



Árbol genealógico de la unión Gil - González

Resalta de su descendencia el caso de Elfania, que se une con José Sariego, a quien un hermano, divorciado de la sensatez y la piedad, lo mata un día del siglo pasado y manda a la orfandad a los cinco hijos que han nacido de esta unión. La familia se verá sorprendida por el suceso, aunque en el fondo algo de costumbre existe ante la violencia. También en ella volverán a presentarse asesinatos, golpes y disputas, malas elecciones de maridos, de esposas, hijos rebeldes, gentes de campo y gentes de ciudad, lo que fuere, como una gota de inquietud venida desde nadie sabe con certeza dónde, pero que insiste y no se evapora, solo se

desliza familia abajo, generación tras generación, y me pregunto, en el instante, ¿para qué tanta insistencia?

Mi viaje acaba allí, tras las deducciones que pueda extraer de las varias entrevistas realizadas, al tío Ariel le he hecho la misma pregunta que a Eustodio, el origen del nombre del pueblo, ante eso levanta los hombros y dice:

—No se sabe, desde que abrimos los ojos esto es Salguerito.

Y tiene razón, no les mentiré. Al siguiente día salgo antes de que el reloj dé las doce, en la noche veo las luciérnagas que se infiltran en la edificación y se plantan en la alta oscuridad del techo de palma y pienso todo cuanto pueden pensar los hombres en la oscuridad entre los mustios sonidos de la noche y la propia memoria. O, lo que es lo mismo, el deseo de no dejar nada atrás, pero allí, en el vaivén de la hamaca es sabido que de todo aquello pocas cosas puedo llevarme, las que la recordación, taimada y rebelde, así quiera. Al amanecer matarán dos gallinas, los niños —los bisnietos de la abuela Bellanira— correrán atentos y entusiasmados, la tía Emilsa se acercará a dar los recados de costumbre, el tío Misael saldrá a la entrada, la casa entera dejará ver su gesto secreto: es la casa, a la larga, de los Gil Solano, erigida a la orilla del camino, y ya está acostumbrada a toda clase de adioses.

GLOSARIO

Anarquía: Se usa para describir una situación donde parece que nadie manda o que las leyes no se respetan porque la autoridad está muy lejos. El texto menciona que en el antiguo departamento de Bolívar había una "atmósfera de anarquía".

Anexo: Es un documento, foto o información extra que se pega al final del trabajo para completar lo que se contó.

Artefacto literario: Es una forma de decir que la historia que leemos no es una verdad absoluta escrita en piedra, sino algo que se armó como una pieza de artesanía usando recuerdos y cuentos de la gente.

Asfaltar: Echarle pavimento o brea a la carretera para que deje de ser de tierra. El texto recuerda que la vía que comunica a Sahagún con La Unión todavía no está asfaltada.

Aureola: Es como un brillo o un ambiente especial que rodea a algo o a alguien. El autor la usa para decir que el arroyo de Salguerito ya no tiene el mismo "aire" o importancia que tenía antes.

Autosuficiencia: Es cuando un pueblo o una familia puede vivir con lo que ellos mismos producen (su propia yuca, maíz o animales) sin depender de comprarle a los de afuera.

Avatares históricos: Son los cambios, problemas o vueltas que da la vida y la política a través de los años.

Cetrinos: Es un color de piel moreno amarillento o verdoso. Se usa en el documento para describir la apariencia de los gitanos que visitaban el pueblo.

Ciernes: Cuando algo está "en ciernes", significa que apenas está empezando a nacer o a formarse. Por ejemplo, cuando se habla de los centros de poder económico que apenas estaban apareciendo en esa época.

Cimarrones: Eran las personas esclavizadas que se escapaban al monte para vivir en libertad, lejos de sus amos.

Circunscribirse: Significa limitarse o encerrarse en un solo tema o lugar. Si decimos "circunscribirse a lo anterior", es como decir "quedarnos solo con lo que ya explicamos".

Connotaciones: Son los diferentes significados o ideas que nos vienen a la mente cuando escuchamos una palabra. El nombre "Salguero" tiene varias connotaciones: puede ser por un árbol, por un apellido o por la sal que lame el ganado.

Convulsiones: En este caso, no se refiere a un ataque físico, sino a las épocas de muchas peleas, guerras y desorden que vivió la República de Colombia en sus inicios.

Debacle: Es una caída grande, un desastre o cuando un negocio se va a la ruina. El texto habla de la "debacle de los fortines económicos", refiriéndose a cuando se acabó el buen comercio de productos como la quina.

Densidad: En este caso, se refiere a qué tan apretada vive la gente en un lugar. Un pueblo con mucha densidad es uno donde hay muchísimas casas y personas en un espacio pequeño.

Ecuanimidad: Es mantener la calma y la paz incluso cuando hay problemas alrededor. El texto dice que el pueblo mantuvo su "ecuanimidad" frente a las revoluciones, es decir, que intentaron seguir viviendo tranquilos a pesar de la guerra.

Entelequia: Es una palabra para algo que alguien se imagina como perfecto pero que en la realidad no existe o es casi imposible de alcanzar. Se usa para hablar de la idea de "progreso" que siempre se ha prometido.

Escisión: Es una forma elegante de decir que algo se partió o se separó en dos. Se usa para explicar cómo el departamento de Córdoba nació al separarse de lo que antes era el departamento de Bolívar.

Espumante: El autor llama a Salguerito una "realidad espumante" para decir que es un pueblo que surgió con fuerza y que está lleno de vida y de historias que se agitan.

Genealogía: Es el estudio de las raíces de nuestra familia para saber quiénes fueron nuestros padres, abuelos y de dónde venían.

Hegemonía: Es cuando un solo grupo o un partido político tiene todo el poder por mucho tiempo y no deja que los demás participen.

Hipótesis alucinada: Es cuando alguien propone una idea o una explicación que suena muy atrevida o imaginativa porque no tiene todas las pruebas a la mano.

Homólogo: Significa que algo es igual o equivalente a otra cosa. El texto menciona que el departamento de Bolívar era "homólogo del Libertador" porque llevaba su nombre.

Homónimo: Significa que algo o alguien tiene el mismo nombre que otro. Por ejemplo, el departamento de Bolívar es "homólogo" o lleva el nombre del Libertador Simón Bolívar. También se menciona que un antecesor Gil era homónimo del pueblo de Sampués.

Inmigrantes: Personas que vienen de otros pueblos o países lejanos a vivir y trabajar en nuestra región.

Introspecciones: Es cuando una persona se pone a pensar muy seriamente en sus propios sentimientos y recuerdos más profundos.

Jurisdicción: Es el territorio donde una autoridad (como un juez o un alcalde) tiene permiso legal para mandar y tomar decisiones.

Orden ascensional: Significa ir de lo más viejo a lo más nuevo, o de abajo hacia arriba. Recorrer la historia en "orden ascensional" es empezar por los fundadores y terminar en nosotros.

Palenques: Eran los pueblos libres que armaban los negros que se escapaban de la esclavitud para vivir según sus propias leyes.
Paraestatal: Se refiere a grupos armados que actúan por su cuenta, haciendo labores que le tocarían a la policía o al ejército, pero sin ser parte oficial del gobierno. El autor menciona que la "popolia" era un grupo de este tipo.

Patriarcas: Son los hombres más viejos, respetados y sabios que fundaron las familias y el pueblo.

Periplo: Es una palabra para decir que se hace un viaje largo o un recorrido por muchos lugares y tiempos.

Popolia: Así llamaban antes los campesinos a un grupo de policía o fuerza armada que a veces llegaba al pueblo a imponer el orden a la fuerza.

Precedieron: Son las personas que estuvieron aquí antes que nosotros, como los bisabuelos que fundaron la vereda.

Réditos: Es la ganancia o el provecho que se saca de un trabajo o de un negocio.

Soberanía: Es el poder o el permiso legal que tiene una autoridad sobre un territorio. Por ejemplo, qué departamento tiene la soberanía sobre Sahagún.

Sufragio universal: Es el derecho que tenemos todos los ciudadanos de salir a votar para elegir a nuestros gobernantes.

Toponimia: Es el estudio de por qué los lugares se llaman como se llaman. Por ejemplo, investigar por qué nuestro pueblo recibió el nombre de "Salguerito".

Trascender: Significa durar más allá de la muerte. El autor dice que nuestras historias son lo único que realmente "nos trasciende", o sea, lo que queda de nosotros cuando ya no estemos.

Trashumante: Se refiere a la gente que no vive siempre en el mismo sitio, sino que se muda de un lugar a otro, como los antiguos pobladores que anduvieron por toda la sabana antes de quedarse aquí.

Verosimilitud: Es cuando algo parece ser verdad o resulta creíble según lo que la gente cuenta.

Vía terciaria: Es un camino o carretera pequeña que une a las veredas y corregimientos con el pueblo principal (Sahagún). Suelen ser carreteras de tierra o afirmado.

APÉNDICE

Relación de entrevistas realizadas a finales de mayo del 2025 en Salguerito, Sahagún, Colombia.

Bellanira Solano Velásquez (nacimiento estimado en los años 40 del siglo XX).
Esposa de José Leonel Gil Reyes, quien fue nieto de Juan Gil, hijo de Alfredo Gil Hoyola.

Fotografía de Bellanira Solano.

Su historia empieza no en el corregimiento, sino a unos kilómetros de allí, en San Andrés de Sotavento, en su zona rural más específicamente.

Es una mujer que recuerda pocos detalles, pero por vía de la paciencia y un poco de ayuda consigue traer al presente la mayor cantidad de datos posibles. Refiere ser la única hija de la unión conyugal de sus padres, hermana de Emiro, Onofre y Lucho, menciona otros nombres como hermanastros hijos de la futura relación de su padre después de enviudar. Cuando su madre muere, la abuela materna, Manuela Velásquez, en adelante impactada notoriamente por la pérdida, se hace cargo de sus nietos. Es así que en algún momento de su vida (estando Bellanira aún en edad infantil) se mudan al municipio de Sahagún, donde el señor Fadul le regala un *cuadro* a Enrique Solano, tío de Bellanira, y con quien los sobrinos nunca sostienen un buen relacionamiento a causa del carácter de este. La abuela Manuela recibe, entonces, el aviso de la venta de una *cabuya de monte* por voz de Alfredo Gil Hoyola, procedente del terreno del señor Méndez, padre de Eustodio Méndez, en un pueblo medianamente joven: Salguerito. La tierra mencionada resultará nada más y nada menos que la actual casa donde vive la señora Bellanira y donde se criaron parte de sus vidas los hijos y nietos de la unión Solano-Gil. Después de esta compra empezará el acercamiento de las familias, pues al poco tiempo una prima de Bellanira se mudará a Salguerito, su nombre es Paula Pérez y se hará, según versión de la entrevistada, la nueva "mujer" del señor Alfredo Gil, quien ha enviudado tiempo atrás y tiene a su cargo cerca de seis hijos, en su mayoría varones. Como Paula con Alfredo, Bellanira se verá pronto involucrada con el mayor de los hijos del señor Alfredo, José Leonel, se conocen en una de las fiestas de la cabecera urbana de Sahagún y en medio del acercamiento este, de máximo veinte años, promete recogerla y empezar una vida de pareja. Bellanira ha tenido ya un hijo, tocayo del señor Alfredo, se ve presa de la ansiedad porque el joven José Leonel no vuelve por ella y decide, entonces, buscarlo a Salguerito donde descubre, para su desgracia y después, que tenía una

novia de San Andrés, Juana Pérez, mujer "de labios rojos y fumadora"[2]. Cuando esta se ha ido de regreso a San Andrés es cuando la futura señora de Gil se da por enterada. El mismo José Leonel la ha llevado al crucero, un punto de acceso al corregimiento, y esta ha ido corriendo a casa de los Solano y los Velásquez a acusarla de "quitamaridos", es la misma palabra, junto a otras de considerable capacidad de herir las que la señora Manuela Velásquez le dirá a su nieta. Más que a regañarla ha ido a insultarla, no demora en reconocer la entrevistada, como tampoco demora en decir cuánto lloró esa noche.

Hasta allí su relato, un pequeño desvío que le permitimos. Cuando se le pregunta por los jerarcas de la familia Gil, corre a contar lo poco que recuerda. Al primero en traer a colación es al "señor Alfredo", a quien identifica como capataz en tiempos de siembra y cosecha, a su mando debían estar mínimo 25 o 30 mozos, los cuales "medían tareas", es decir, se les asignaba una labor específica, por ejemplo, preparar un espacio determinado de terreno. Recuerda más. Lo describe como "hablón, cariñoso, amable", de tez morena, "siempre peleaba con Paula borracho", le reclamaba cosas, incluso la insultaba por su sangre indígena, pero "en sano juicio" era un señor respetable y bien portado. Al cabo de su remembranza, se le consulta por el padre de este, Juan Gil, a quien de inmediato califica como "bajito, malcriado, embustero", viviendo entre las casas de sus hijos, pero reconoce su recuerdo es el de los últimos años de vida de este (las fechas no están en su memoria), cuenta que por entonces andaba con un bastón contra el cual recostaba al sentarse y fingía dormir, pero, en realidad, se dedicaba a espiar lo que hacían los demás. Fuera de eso (con ayuda de sus hijos presentes)

[2] De esta mujer se ha hablado antes, algunos de sus hijos la han mencionado antes (al volver a contar las anécdotas de su padre), pero no como su pareja, sino como pareja de su padre, una mujer temible que delegaba todas las tareas domésticas a sus hijastros y fumaba demasiado y en algún momento comete un hurto y se escapa de la casa Gil. ¿Es la misma mujer o una mujer bastante similar?

nombra los hijos de este Juan Gil: Alfredo, Mariana (quien se mudó prontamente a Sahagún), Antonio, Purificación (a quien llamaban Pura de cariño), Florcina, Ángel y Lucía.
Finalmente, a la pregunta transversal, ¿de dónde venían?, ella contesta que Alfredo Gil y su familia afirmaban proceder de La Gallera, cerca de Sincelejo.

Eustodio Méndez (1947).
Hijo de Antonio Méndez, hermano de José Manuel Méndez, ambos fundadores de la primera generación.

Su testimonio empieza, un 27 de mayo, charlando sobre el tiempo de luna nueva hasta que de pronto accede a las indagaciones. Se reconoce como nacido en Salguerito, hijo de don Antonio Méndez (más tarde llamado el señor Méndez tan a menudo que la mayoría desconoce su nombre) que es originario de Tuchín, actual Córdoba. Empieza por recordar a Manuel González, de quien dice que vendía pescados en los lomos de un burro. De allí sigue con Juan Gil, al cual no tarda en llamar como "Papito Juan", asegura que venía de San Andrés de Sotavento, pues sus averiguaciones en este municipio así se lo confirman, de suerte que "todos los de Salguerito son sanandresanos, indios, menos los Hoyos". De la familia Pila dice "vinieron porque compraban tierra más barata". De los Polo "vinieron por deudas". Hace especial mención de Nicomedes Quiñonez. Cuando llega a su familia afirma, entonces, que su padre "vino de Tuchín a la Colombiana, la finca de nosotros", un terreno cuyo costo ascenderá en su momento a los 500 pesos oro. La familia adquirirá otra propiedad en la zona al mismo precio. Se le pregunta a nivel general por el corregimiento, antes de volver a la familia Gil, de modo que pueda mostrar su interés en el tema. Repite lo que todo mundo en el lugar, Salguerito debe su nombre al arroyo, pero

cuando se pregunta por la razón de ese nombre niega con la cabeza y dice "es la única historia que no me sé, así la busquemos". Explica las toponimias de otros pueblos como Corozal o la misma Montería, pero reconoce la limitación ante esto, manifiesta que quien debía saberlo era Juan Gil. Agrega, al indagar, que siempre ha sido un nombre en diminutivo, pues Salguero corresponde ya a la zona rural de Ciénaga de Oro. Eustodio continúa. Afirma que el pueblo debe tener "más de 150 años", cuyas construcciones inicialmente estaban al fondo de los predios, pues "las casas de los indios nunca se hacían a orilla de la carretera". En esa medida, confirma que los pobladores eran solo población, ningún militar de carrera, pues cuando se le pregunta sobre tal posibilidad responde que "eso no se conocía". Admite, unos minutos de charla después, que puede que exmiembros de la *popolia*, una especie de ejército, llegaran al pueblo ya desentendidos de ideología. El entrevistado afirma que los primeros pobladores evitaban una guerra, con algo de ayuda acierta el nombre de La Guerra de los Mil Días, "venían huyendo de eso", puesto que insiste en el ambiente de compañerismo de la zona, cuando se mataban "cochinos", cuenta, repartían las "paletas" entre los vecinos y el cariño siempre existió entre la gente. Iban y venían a San Andrés en tan solo un día de camino, según su versión, sobre burros a través de trochas antiguas y no por la vía nueva que provoca un retraso considerable por la marcada vuelta existente. La vía, relata, "fue trochada con cacho". El pueblo fue por mucho tiempo de la misma gente, pocos foráneos se veían, a excepción de los gitanos (se le ha preguntado por ellos primero), quienes se acercaban en grupos pequeños de tres o seis de casa en casa ofreciendo la lectura de la suerte. Los hombres, afirma, vestían como "curas" y las mujeres con faldas largas y pañoletas.

Cuando se le indaga por lo que se contaba de esas primeras épocas dice que la realidad era puro monte, de allí que hubiese inicialmente caza de guartinaja, armadillos (con los que se hacía guiso) y solo algunos

venados; también la cosecha de maíz, arroz, yuca y ñame. Frente a la familia Gil empieza por contar que Alfredo era uno de los 5 "cuadrilleros", un capataz, de la zona, capaces de llegar a conseguir 200 mozos para los trabajos en las fincas. Los otros capataces serían Domingo Pila, José Polo, José María y Nelson. De este Alfredo se aventura a decir que haya muerto quizá en el año de 1987 con una edad próxima a los 90 años.

De la generación anterior, Eustodio Méndez refiere como pioneros a José González y Juan Gil, viniendo este último con hijos como Lucía, Floirán, Ventura, Alfredo y otros ya mencionados. Se decía que "sabía muchos secretos", esto es que sabía oraciones, capturaba brujas, tenía una "hoja en cruz" y, además, "niños en cruz", cuando se le pregunta por estos (ya alguien más los ha mencionado) dice que son muñecos pequeños para la pelea y otras cosas llevados "a veces afuera, a veces en el cuerpo". Asimismo, se detiene en uno de los hijos de Juan Gil, Ángel, quien jugaba al *yerro*, una extraña puesta en escena con dos armas blancas sin identificar, aunque el entrevistado dice que eran "espadas como las de Simón Bolívar". Parece ser que este Ángel Gil era muy diestro en el yerro y solía ganar en los enfrentamientos a que se le citaba.

Una última anécdota es la de Nene Bula, propietario desde el punto llamado "el crucero" hasta Los Palmitos en algún punto de esta historia. Se cuenta que lo querían matar y en una represa cercana mataron a un tal Ricardito confundiéndolo con Nene Bula, después se encontró allí a un "cachaco", un visitante del interior, con ropa que no era la suya y muy poco dinero. Desde entonces, el lugar se llamó "La represa de los muertos".

Ana Claudina Reyes Gil (nacimiento estimado en los años 40 del siglo XX).
Nieta de Juan Gil, hija de Purificación Gil Hoyola.

Se le conoce por un apodo irrastreable, al menos su significado, el de *Cayúa*. Alguien, antes de nuestra llegada, le ha adelantado un par de preguntas y, por ello, no tarda en empezar a contarnos lo que recuerda haber visto y oído. Inicia por Juan, "Papito Juan", nos dice su nombre completo: Juan Evangelista Gil Trejo, casado con Clementina Hoyola. Lanza sobre la mesa la posibilidad de que el apellido Gil sea de crianza y él lo haya cambiado en algún momento, puede que fuera Díaz y que de algún modo le molestara la combinación "Trejo - Díaz". La mujer nos comparte una carcajada, puede que se tratara de un chiste de la época.
Ana Claudina recuerda a Juan Evangelista como un hombre bajito, encorvado, dedicado a montear, de allí que llevara "sus perros para coger zaínos, guartinajas y venados", además, una escopeta de 2 cañones. Cuando se le pregunta por su lugar de procedencia corre a afirmar que de Tolú, le manifestamos nos han dado versiones muy dispares, entonces, expande la posibilidad y dice "de Tolú a Sincelejo, que era las dos partes donde mantenía". Se le reconocía por su habilidad con la majagua (de la familia malvaceae) con la que hacía mochilas, cabuyas y otras artesanías, "le gustaba hacer cañamitos para los enamorados", reafirma.

Además, santiguaba niños contra el mal de ojo, era muy bueno, por lo que lo buscaban montones de gente desde Pitalito y Escobalito, localidades aledañas. Agrega, entonces, un dato no menos relevante, Juan Evangelista era un hombre "inteligente para cantar décimas".

Fotografía de Ana Claudina Reyes.

Cuando se le consulta las razones para haber llegado hasta allí dice que venían "huyéndole a la guerra, él, Nicomedes, Saturnino", deja la lista empezada. Afirma que el lugar era una montaña y eran cuatro hombres, parece ser que Juan "vino con unos amigos, unos señores, Saturnino [Blanco], [Manuel] Méndez y Nicomedes [Quiñonez]". Juan Gil no fuma ni bebe, tiene una esposa, Clementina Hoyola, a quien enterrarán en Catalina con una cruz que encargó expresamente para ella, será la madre de sus hijos, también de los que nazcan allí, porque "mamá nació aquí", dice refiriéndose a Purificación Gil. Ana Claudina habla de estos primeros pobladores como gente de paz, aunque usaban escopetas, en algún momento la ya mencionada *popola*, una especie de policía nos

refiere ella en escuadrones de 4 o 5 hombres, decomisan todas las armas de fuego del pueblo durante algún período de violencia en la región.
Finalmente, nos habla de Alfredo Gil, uno de los hijos de Juan Evangelista, quien "trabajaba, sembraba arroz y otras cosas", tuvo dos esposas conocidas: Rosenda González y, la primera, Rosa Amalia Reyes. Hasta allí nos cuenta.

Ariel Gil Reyes (1942).
Nieto de Juan Gil, hijo de Alfredo Gil Hoyola.

Hemos empezado por las preguntas directas, por eso su testimonio sea quizá el más breve. Al interrogarle por su abuelo afirma que "le gustaba la agricultura". "Era cantante, era de la poesía". Le preguntamos de dónde venía, advertimos las versiones que hemos oído y contesta tajante "no, él no era de San Andrés". Revela, con muchísima seguridad, que Juan Evangelista (o Bancelista) Gil provenía de la sabana de La Gallera, del pueblo de Sampués. No duda, se muestra seguro, imbatible. Frente a las razones de su viaje afirma que la facilidad de la tierra, "estas tierras eran baldías". Confirmó la versión de la *popolia*, quien "venía estrujando a la gente" e incautó las armas del pueblo en algún punto, Ariel Gil los relaciona con los conservadores. Según lo que oyó Juan Gil murió de 115 años, se supone que el día que murió pidió un trago de ron, cosa extraña, porque el hombre no bebía. De Alfredo Gil, su padre, dice que debió haber muerto a los 76, después de que "un pájaro lo atacó en el monte, de noche, lo atacó en la cara y de ahí le vino la muerte".
Después, nos recuerda (por las preguntas que se le hacen) algunas tradiciones mentadas. La del yerro la confirma como un juego de dagas, Ángel Gil era el experto en ello, se citaban en un *balay*, de bejuco, era allí donde peleaban. Advierte también que Ángel "no era ni de

Clementina ni de Juan, solo llegó adonde ellos y allí se quedó". Adoptó el apellido de la familia, pero no nos ofrece más detalles. Otra tradición que recuerda es la del florón, un juego de canto y agilidad, pero un juego de velorio siempre y cuando el difunto no sobrepasase la edad de 10 años. Nos recita los versos:

El florón está en las manos
Y en las manos está el florón.

Finalmente, le preguntamos por el nombre del poblado, contesta severo: "desde que abrimos los ojos esto es Salguerito".

Fotografía de Ariel Gil.

Versión libre de la familia.
Hijos de José Leonel Gil Reyes, nietos de Alfredo Gil Hoyola, bisnietos de Juan Gil.

Es de noche, aquí se sumarán en esta noche todo lo oído sobre el pasado, están los hijos de la unión Gil- Solano, en especial el mayor, Alfredo, de sesenta y dos años o más. A Juan Gil lo identifican de inmediato como "Papito Juan", bajo, canoso, vivía con su hija; se recuerda más que todo el aviso de su muerte a Alfredo Gil, su abuelo o, como ellos le decían, "papá abuelo". Del pueblo se dice que era monte, solo había un "camino real", una trocha. El origen aquí se hace más lejano, llegan a afirmar que de Platero, pero este Platero no aparece en los mapas. Recuerdan otras familias, además de la suya, la de los Blanco, pues Saturnino Blanco fue uno de los primeros sino el primero en edificar una casa allí. También estaban los Pila, con fuertes raíces indígenas, de donde vendrá Paula Pérez, cuyo jerarca fue un señor de nombre Marceliano Pila. No es una de las primeras familias, pero es numerosa y llamaban la atención de sus vecinos por la pintura que se untaban en el cuerpo y los cantos que emitían en sus celebraciones.
También recuerdan el juego del florón, un canto, un juego de prendas que se recuperaban cantando, recitando y era la manera de animar los velorios. Lo recuerdan porque era un juego que le gustaba al señor Alfredo Gil, hombre increíblemente bailador y también "mujeriego". La generación ida a Venezuela en busca de trabajo recuerda su muerte cerca del año de 1987, supuestamente de la "seta", una extraña enfermedad, cuyo remedio debía buscarse lejos en un lugar de fiesta y preguntar allí por el moribundo, pero nunca debía cruzársele. Hace parte de la creencia. Por otra parte, por las claras limitaciones en las edades, recuerdan a los más jóvenes, al sobrino de este, por ejemplo, primo de ellos, Albenio Gil, quien era curandero con café y sabía supuestamente el manejo de los famosos "niños en cruz". El otro a

quien recuerdan es a uno de los hermanos de Alfredo Gil, Ángel, por su lectura de cartas y por jugar al yerro con las que debían ser una especie de dagas por pares para cada contendor.

NOTA. Cuando estas entrevistas se realizaron no se usaron medios de grabación, por dificultades en el proceso a la vez que para mayor comodidad de los consultados. Lo aquí transcrito obedece a la memoria y los apuntes. Se escriben todas las relaciones en tiempo presente para que, de algún modo, la memoria permanezca aquí entre nosotros.

Fotografías

Tumba de Froilán Gil, hijo de Juan Gil

Tumbas de Juan Gil (abajo) y Alfredo Gil Hoyola (arriba).

Tumba de José Leonel Gil Reyes.

Puente sobre el arroyo que da nombre a la comunidad.

Vista de la carretera que atraviesa a Salguerito.

Cocina tradicional del corregimiento.

Vista desde el puente sobre el arroyo Salguerito

Vista desde el puente sobre el arroyo Salguerito

Bifurcación de la vía de Salguerito para dirigirse a los poblados vecinos.

BIBLIOGRAFÍA

Cantero Martínez, Carmen J. "El potencial de las sabanas de Bolívar, Sucre y Córdoba para el desarrollo del turismo: una mirada desde la geografía". [Tesis de pregrado: *Universidad de Córdoba*]. 2019.

Daza Vladimir. *Locura y tributo indígena: un mestizo de Sampués se proclama Rey con el título de Luis I (un caso de mesianismo en el caribe colonial 1776).* Memorias: revista digital de historia y arqueología desde el caribe colombiano. Año 11 - número 22. 2014.

Escobar Guzman, Brenda. "Entre disputas partidistas y supervivencia: La guerra de los Mil Días (Colombia 1899-1902)". *Anuario de Historia de América Latina* 58. 2021.

Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la costa 4: retorno a la tierra.* Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora Editores. 2002.

Ferrarotti Franco. *La historia y lo cotidiano.* Trad. Claudio Tognonato. Letrae. 1990.

Jaramillo Mutis, Diego. *Entre radicales y regeneradores: Colombia en la segunda mitad del siglo XIX.* Universidad Externado de Colombia. 2020.

Luna, Danna Aparicio. *El vacío de poder que llevó a la configuración del departamento de Córdoba: en busca de una identidad regional, 1948 – 1952.* Repositorio Universidad de Antioquia, 2017.

Nieto, Juan José. *Yngermina o la hija del Calamar*. 1844.

Palacios M. y Safford F. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida.* Editorial Norma. 2002.

Rhenals Doria, Ana M. y Flórez Bolívar Francisco J. "Escogiendo entre los extranjeros "indeseables": afro-antillanos, sirio-libaneses, raza e inmigración en Colombia, 1880-1937". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 40.1: 243- 271. (2013).

Banco de la República. *Sampués*. La Enciclopedia. Sampués - Enciclopedia | La Red Cultural del Banco de la República

Solano Sergio Paolo, Flórez Roicer, Malkun William. "Ordenamiento territorial y conflictos jurisdiccionales en el Bolívar Grande (1800 - 1886)". *Historia Caribe 13*. (2008).